



CARTOGRAFIAS DEL CUIDADO

Experiencias de vínculo con bebés bajo sistema de protección

Maria Camila Beltran Narvaez

Trabajo de grado para optar por el título de profesional en primera infancia

Directora Liliana Betancourt Castañeda

Universidad del Valle

Facultad de Psicología

Programa de Primera Infancia

Santiago de Cali, Colombia

AGRADECIMIENTOS

A mi mamá, por su constancia inquebrantable, su disciplina y la valentía con la que ha enfrentado cada reto de la vida. Gracias por enseñarme que la fortaleza no es un gesto, sino un modo de existir. Gracias por mostrarme, con tu ejemplo, que los sueños se alcanzan trabajando, insistiendo y creyendo incluso cuando nadie más lo hace. Este trabajo es posible porque tú me enseñaste a no rendirme, a mantenerme firme y a avanzar aun cuando el camino se volviera difícil. Todo lo que he logrado tiene tu huella, tu esfuerzo y tu amor en forma de impulso.

A mi abuela, una mujer que ha demostrado una resiliencia que conmueve. Me enseñaste que la vida se honra luchando por estar. Gracias por ser tan fuerte para acompañarme, por mostrarme que la voluntad puede más que el miedo. Tenerte aquí, apoyándome, es uno de los mayores regalos de mi vida. Este logro también es tuyo.

A mi tío Víctor, gracias por ser para mí esa presencia paterna que da calma, dirección y cariño. Gracias por tu amor sincero, por tu forma de acompañarme, por tu interés genuino y por demostrarme, día a día, que tu apoyo siempre estuvo ahí.

A Janeth y a Víctor, gracias por ese amor tan familiar, tan auténtico y tan propio que siempre me han dado. Gracias por acompañar mis procesos con un afecto que abraza y calma. Gracias por cada gesto, cada palabra, cada momento en el que su cercanía me dio fuerza y me recordó que no estaba sola. Su amor ha sido uno de los regalos más significativos de este camino, y lo llevo conmigo con gratitud profunda.

A Nicole, gracias por ser mi hermana de vida, esa presencia que estuvo en cada momento, en cada desborde y en cada logro. Gracias por acompañarme con un cariño que no se quebró ni un solo día, por tu fuerza cuando yo estaba cansada, por tu risa cuando el mundo pesaba y por tu compañía que siempre supo sostener.

A mi madrina Sofía, por ser guía, escucha y sostén. Gracias por tu presencia suave pero firme, por acompañarme con tu sabiduría, por darme claridad cuando la necesitaba y por estar siempre, incluso en mis silencios. Tu amor y tus palabras fueron faros importantes en este camino.

A Camilo, por acompañarme incluso en los días en los que todo pesaba. Gracias por tu paciencia, por tu calma, por tu abrazo que llegaba justo a tiempo. Gracias por tu presencia real en mis noches de cansancio, frustración o duda, y por quedarte incluso cuando yo tenía miedo. Tu amor hizo más liviano este recorrido.

A mi familia, tan grande, unida y amorosa. Gracias por darme una vida llena de experiencias que formaron mi sensibilidad, por enseñarme el valor de la unión, por acompañarme desde el cariño en cada etapa. Haber crecido con ustedes ha sido una fortuna inmensa que me sostiene y me define.

A Ana María, gracias por ser tan incondicional, incluso en la distancia. Tu presencia, aun sin estar cerca, fue un apoyo real y constante.

A Mariana, mi amiga incondicional, gracias por caminar conmigo tantos años, por todas las risas, los silencios, los aprendizajes y los momentos que compartimos. Gracias por estar incluso cuando yo no sabía cómo seguir, por escucharme con el alma y acompañar mis procesos con tanta lealtad. Tu amistad es uno de mis tesoros más grandes.

A Helen, a Gonzalo, a las cuidadoras, a las abuelitas y a toda la familia de la fundación, gracias por abrirme las puertas de un lugar que transformó mi mirada y mi sensibilidad. Gracias por su humanidad, por su entrega diaria y por lo que me enseñaron desde el hacer, desde la palabra y desde el gesto.

Especialmente a Nazareth, gracias por hacer mi estancia más cálida, más amable y más significativa.

A mis compañeras de prácticas —Ana, Laura, Karen e Isa—, gracias por sostener juntas las emociones que este proceso despertó. Gracias por las miradas que decían “aquí estoy”, por acompañarme en un contexto que nos confrontó profundamente. Caminar con ustedes hizo que todo doliera menos.

A Toby, por quedarse dormido a mi lado tantas noches mientras escribía, lloraba o me frustraba. Gracias por tu presencia silenciosa, tan pequeña y a la vez tan inmensa, que me recordó que incluso en la dificultad hay compañía que sostiene sin pedir nada.

A mis profesores —Lili, Isabel, Tatiana, Sandra y David—, gracias por su sensibilidad, por su guía, por su compromiso con mi formación. Cada uno dejó una marca profunda en mi manera de pensar, de trabajar y de acompañar.

Y finalmente, a mí.

Por no soltarme.

Por superar dificultades que jamás imaginé atravesar.

Por ser paciente, fuerte y constante.

Por sostenerme incluso cuando nadie veía el esfuerzo.

Por llegar hasta aquí.

Resumen

Este trabajo de grado aborda las experiencias de vínculo en bebés que se encuentran bajo el sistema de protección, a partir del acompañamiento desarrollado en una institución de acogida para la primera infancia. El análisis se centra en el vínculo como un elemento fundamental para el bienestar corporal y emocional del bebé, así como en las tensiones que emergen en el cuidado institucional cuando las prácticas se orientan prioritariamente a la atención de necesidades básicas. A partir de la experiencia desarrollada, se identifican transformaciones observables en los bebés relacionadas con la regulación corporal, el descanso y las respuestas vinculares, lo que permite reconocer el vínculo como una dimensión central del cuidado en la primera infancia.

Palabras clave: vínculo, cuidado, primera infancia, sistema de protección.

Abstract

This undergraduate degree project examines bonding experiences in infants living under the child protection system, drawing on caregiving practices implemented in an early childhood residential institution. The analysis conceptualizes bonding as a central dimension of infants' bodily and emotional well-being and addresses the tensions that emerge within institutional care settings when practices are primarily oriented toward the fulfillment of basic needs. The findings indicate observable changes associated with bodily regulation, rest, and relational responses, underscoring bonding as a fundamental dimension of care in early childhood.

Keywords: bonding, care, early childhood, child protection system.

Tabla de contenido

Introducción	8
Capítulo 1: "Raíces"	11
El umbral donde el alma comienza a latir	11
Donde la fe abraza lo que tiembla	12
Un refugio paradójico	13
Lo invisible también necesita cuna	15
Un vínculo ,no inmediato pero sí profundo	16
Lo que las palabras no pueden nombrar	21
Cuerpitos pequeños	22
En la mirada de los niños,el espejo del alma	25
Capítulo 2 : "Cuidados que acontecen"	27
En mis manos, el nacimiento de un sujeto	27
El primer latido de un sujeto	28
la piel que atraviesa barreras	30
El llanto de Dulce	32
El tacto como primera mirada	33
Frustración institucional	35
Entre texturas y risas: un cuerpo que juega	37
No todo es ideal	41
"Lo que queda en mis manos"	43
La imposibilidad de ser recordada	47
Más cunas vacías	49
Capítulo 3: "Brotos de sentido"	51

Cuando la presencia hace nido	51
Construcción de un hogar	52
La memoria de mi profesión	54
Las formas de vincularse	56
El miedo del sistema	58
Conclusion	60
Referencias bibliográficas	67

Introducción

En muchos espacios dedicados al cuidado de la primera infancia, el vínculo suele ser tratado como un aspecto secundario frente a otras tareas consideradas más urgentes. Sin embargo, la experiencia cotidiana demuestra que el vínculo no es un complemento afectivo, sino la base desde la cual el bebé comienza a orientarse en el mundo, a percibir su propio cuerpo y a reconocer la presencia del otro como algo que lo sostiene. La manera en que un niño es mirado, acompañado y sostenido imprime marcas profundas incluso antes de que pueda expresarlas con palabras.

Durante mi proceso en la Fundación de protección, acompañando a bebés que han atravesado separaciones tempranas y viven bajo medidas de protección, pude observar con claridad cómo la presencia del vínculo y todo lo que emerge de él, en relación con un adulto tiene efectos directos sobre su bienestar. Cuando un bebé encuentra a alguien disponible, atento y constante, su cuerpo responde de manera distinta: respira con mayor tranquilidad, su llanto pierde la desesperación inicial, disminuye la tensión muscular y se facilita el descanso. Estos cambios no son simples variaciones del comportamiento, sino expresiones corporales de lo que ocurre cuando el niño siente que no está solo.

Este trabajo nace del encuentro cotidiano con los bebés: de observar cómo buscan un referente, cómo se aferran a pequeñas señales de presencia y cómo su cuerpo responde cuando encuentran un lugar donde descansar sin tensión. Lejos de idealizar el cuidado, el propósito es mostrar que el vínculo, cuando se ofrece con continuidad, respeto y disponibilidad emocional, se convierte en un soporte fundamental para el bienestar físico y emocional del niño. El vínculo no funciona como método ni como técnica; es una experiencia humana esencial que sostiene y da forma a la vida temprana.

El capítulo 1, “Raíces”, presenta la contextualización de la Fundación: su funcionamiento, las figuras que la sostienen, la vida cotidiana de los bebés que allí habitan y las particularidades del sistema de protección. También recoge mi propio encuentro inicial con este lugar, incluyendo las emociones, dudas y ansiedades que surgieron al llegar como practicante y asumir el reto de acompañar a niños que han vivido rupturas tempranas.

En el capítulo 2 se desarrolla el dispositivo lúdico—estético que construí como forma de acompañar y ampliar la experiencia de cuidado. No se trata de actividades formales ni de intervenciones dirigidas, sino de encuentros sensibles donde el color, el tacto, la voz, el ritmo y la presencia compartida abren una vía de alivio, sostén y expresión corporal y emocional para el bebé. La elaboración de este dispositivo se apoyó en referentes psicoanalíticos —entre ellos los aportes de Dolto, Freud, Julien y Stern— que permiten comprender la importancia del cuerpo, la mirada, el deseo y la presencia en las primeras experiencias de vida. Este dispositivo no solo tuvo efectos perceptibles en los niños, sino que también me transformó profundamente, al permitirme reconocer con mayor claridad la fuerza que adquiere el encuentro humano cuando se ofrece desde la sensibilidad y la presencia real.

Finalmente, el capítulo 3 presenta los hallazgos, es decir, las transformaciones que se hicieron visibles en los bebés: cambios corporales y emocionales, señales de mayor tranquilidad, respuestas vinculadas al bienestar físico y momentos en los que el dispositivo lúdico—estético permitió aliviar tensiones o abrir espacios de expresión. Estos hallazgos muestran cómo gestos cotidianos y cuidados sensibles pueden disminuir la angustia, favorecer un estado

corporal más tranquilo e incidir en aspectos tan concretos como el descanso, la respiración o la estabilidad del sistema inmunológico.

En esencia, este trabajo reconoce algo fundamental: cuando un bebé encuentra a alguien que lo sostiene de manera estable, mejora su salud, su tranquilidad y su manera de habitar el mundo. Comprender esto permite dimensionar las consecuencias de la ausencia del vínculo y valorar la fuerza humana que se expresa en ese acto aparentemente sencillo, pero profundamente transformador, que es acompañar, sostener y permanecer.

Capítulo 1: “Raíces”

“El umbral donde el alma comienza a latir”

Nunca vi las prácticas como una etapa más dentro de mi carrera. Desde mucho antes de llegar a ellas, sabía que ese momento tendría un peso especial, que marcaría un antes y un después en mi forma de entender lo que significa acompañar a otros. Durante el proceso académico, pasé por teorías, autores, debates, tareas y descubrimientos que me fueron formando, sí, pero también dejando una sensación constante: De que lo más importante aún estaba por vivirse.

Había algo en mí que intuía que la verdadera experiencia no se encontraba en los libros, sino en el encuentro directo con la realidad: mirar a los ojos, escuchar historias vivas, poner el cuerpo y el corazón en lo cotidiano. Mi actitud no nació entre apuntes, sino en mi historia personal, en una sensibilidad que fue despertando poco a poco, y en una intuición que me decía que hay saberes que sólo aparecen cuando uno se atreve a estar con el otro, desde el respeto y la entrega.

Sin embargo, mientras ese momento tan esperado se acercaba, también comenzaban a revolotear dentro de mí muchas emociones. Había una alegría profunda, como si por fin estuviera llegando a un lugar que me pertenecía. Pero también aparecían los nervios, la incertidumbre, las preguntas sin respuesta. ¿Estaré lista? ¿Sabré qué hacer? ¿Cómo reaccionaré ante lo que me encuentre? Era como estar en el umbral de algo grande, hermoso, pero también desconocido. Una mezcla extraña de ilusión y vértigo, como quien se prepara para un viaje sin mapa, sabiendo que algo dentro de sí va a cambiar para siempre. Y así, con el corazón latiendo fuerte, decidí entregarme a ese proceso no desde la perfección, sino desde la honestidad.

Donde la fe abraza lo que tiembla

Mientras se acercaba la fecha de inicio de las prácticas, comenzaban también las suposiciones: ¿Qué significaba realmente entrar a una institución de protección? ¿Qué historias me esperaban allí? ¿Sería capaz de sostener emocionalmente las realidades que tantas veces había estudiado desde lo teórico, pero que ahora tendría que mirar a los ojos? ¿Tendría las herramientas para acompañar desde el respeto, sin caer en el juicio ni en la lástima? Esa incertidumbre me habitaba. Y aunque trataba de mantener la calma, no dejaba de pensar en lo profundo y complejo que sería ese encuentro con vidas que habían atravesado tanto.

Por eso, uno de los momentos más significativos de este proceso ocurrió cuando visité Buga, días antes de ingresar a mi séptimo semestre. Allí, de pie frente al Señor de los Milagros, no solo oré: le hablé desde el alma. Le dije que sentía, con una certeza difícil de explicar, que la fundación era en el lugar donde quería estar. Que deseaba obrar por Él, desde lo que soy, desde lo que sé y, sobre todo, desde el amor.

Allí, junto a esa imagen silenciosa que ha sido símbolo de tantas plegarias en mi vida, me sentí acompañada por algo mucho más grande. Me sentí acompañada por mi historia, por la fe que mi familia y especialmente mi abuela ha tejido en mí desde pequeña. Mi familia no es solo parte de mi vida: es raíz, es cobijo, es certeza. Con ellos aprendí que la fe no es un mandato, sino un camino suave que uno elige recorrer porque confía, porque ama, porque necesita creer que hay algo más allá del miedo.

Esa conexión espiritual, profunda, la siento desde lo más hondo. No es una fe superficial: es algo que atraviesa mis sentidos, que me recuerda quién soy, de dónde vengo y cómo quiero estar en el mundo. En especial, mi abuela representa para mí esa sabiduría amorosa, esa

fuerza tranquila que guía sin gritar, que ama sin condiciones. Con ella entendí que rezar no es repetir palabras, es conversar bajito con lo que nos sostiene cuando todo tiembla.

Por eso, ese día en Buga, hablar con el Señor de los Milagros fue también hablar con ella. Fue llevarla conmigo. Fue sentir que esa historia, la de mi fe y la de mi familia, también me preparaba para lo que estaba por venir. Porque mis prácticas no eran solo un requisito académico: eran una promesa interior, un acto de entrega, una forma de unir lo aprendido con lo sentido.

Esperé el momento con paciencia, con amor. Y cuando por fin llegó el día en que se publicó el listado de mis prácticas profesionales, no pude contener las lágrimas. Lloré de felicidad. Porque entendí que ese deseo profundo, esa conversación sincera, esa conexión espiritual y afectiva, habían encontrado eco. En ese instante, mi vida se volvió un montón de oraciones contestadas.

Un refugio paradójico

Cuando hablamos de Pance, muchos piensan en el paseo de olla, en el río, en la tradición popular que habita en la memoria de los caleños. Ese Pance conocido, el del plan de domingo con familia y sancocho. Pero la fundación no está ahí. Está en el otro Pance: el de los clubes privados, los restaurantes costosos, los colegios de élite. Es ese Pance donde habita la alta sociedad y donde, paradójicamente, también se albergan las infancias más vulneradas.

La Fundación es una institución privada del Sistema de Bienestar Familiar, autorizada también para procesos de adopción. Atiende exclusivamente a niños y niñas entre los cero y los

nueve años que han sido separados de sus hogares por distintas formas de violencia, abandono o negligencia. Es un lugar de protección, pero también de silencios institucionales que pesan.

El entorno que rodea la fundación es de lujos, sí —pero no solo por lo externo. También desde dentro, en sus jerarquías, se sostiene una imagen de excelencia, de prestigio, de un lugar que “hace las cosas bien”. Desde la dirección, se habla de logros, de bienestar, de intervención oportuna. Y claro, hay cosas bellas: hay cuidados, hay niños que sonríen, hay historias que logran reconstruirse. Pero también hay una distancia enorme. Porque mientras allá arriba se enuncian discursos esperanzadores, acá abajo —en el día a día con los niños— se vive el desgaste, el límite humano, la dureza de sostener lo que otros sólo nombran. Se piensa muy bonito desde arriba, pero el cuerpo que cuida, el corazón que acompaña, muchas veces se quiebra en silencio.

La fundación es, entonces, una paradoja viva: en el corazón de un sector privilegiado de la ciudad, se levantan los muros que contienen la fragilidad de quienes más necesitan afecto, mirada, escucha. En ese territorio de contrastes, mi práctica profesional cobra un sentido distinto: el de mirar con otros ojos, el de aprender a no romantizar, el de sostener desde la presencia real.

Y en ese sostener cotidiano aparecen dos figuras fundamentales: las cuidadoras y las grannies. Las cuidadoras son las responsables directas de cada niño; velan porque estén bañados, vestidos, alimentados, porque cumplan con las rutinas diarias, y son ellas quienes reportan a la dirección cualquier situación de enfermedad, malestar o eventualidad. Tienen a cargo las obligaciones formales, son las que aseguran que todo marche según lo esperado. Las grannies, en cambio, llegaron para ofrecer algo más profundo: además de apoyar en el baño, la comida, el juego o el descanso, su misión es brindar un vínculo seguro. Cada una acompaña a dos niños como si fueran sus nietos, compartiendo con ellos alrededor de cinco horas diarias, ya sea en la mañana o

en la tarde, sin rotación ni cambios constantes. Su permanencia da a los niños algo que muchas veces han perdido: la certeza de que hay alguien que no se va, que los nombra, que los reconoce. Porque los niños que llegan a la fundación han vivido la inseguridad en todas sus formas —el hogar roto, la violencia, la pérdida de confianza en el mundo— y estas abuelitas se convierten en un sostén afectivo que les devuelve, poco a poco, la posibilidad de sentirse seguros. Entre cuidadoras y grannies se teje así una red de cuidado que no aparece en los informes ni en los discursos institucionales, pero que transforma la manera en que los niños habitan su propio cuerpo y comienzan a mirar el mundo con menos temor y con más esperanza.

Lo invisible también necesita cuna

El día de la inducción fue otro momento profundamente revelador. Recuerdo estar sentada, mirando a mi alrededor, sintiéndome pequeña frente a lo inmenso de lo que se venía. Sebastián, líder de el programa vínculo y apego, psicólogo y uno de los profesionales de la institución, hablaba sobre la importancia de crear vínculos seguros con niños que han atravesado situaciones de trauma. Hablaba de la sensibilidad que se necesita, del respeto por los ritmos de cada niño, de no forzar el vínculo, sino permitir que nazca.

En medio de esa charla, Sebastián puso un video que se llama Removed, y fue entonces cuando la palabra “adopción” se vino con fuerza a mi mente. Esa palabra, que para mí siempre tuvo un peso muy doloroso, comenzó a rondar constantemente.

Tiempo después, en una charla que tuve la fortuna de compartir con el psicoanalista Miguel Lares y mi profesora de prácticas, Liliana Betancourt —quien ha sido una guía excepcional, una de las mejores profesoras que he tenido, y una presencia que ha cambiado mi vida—, recibí otra perspectiva sobre esta palabra que me pesaba tanto. Miguel no hablaba de

adopción como un trámite legal o una simple etiqueta, sino desde un lugar más profundo y humano. Nos explicó que todos, en algún momento, hemos sido “adoptados” o hemos “adoptado” a alguien, en el sentido de que necesitamos ser acogidos y también necesitamos acoger al otro. Es un proceso mutuo, un vínculo donde nos elegimos y nos sostenemos, que va más allá de las palabras y los formalismos, como afirma Pautt, L., & Lares, M. (2023)

Mientras lo escuchaba, no podía dejar de pensar en mi propia historia. Recordé mi infancia, mi hogar, las oportunidades que tuve, y sobre todo, el privilegio de haber sido “adoptada” dentro de mi cultura, mi familia, mi hogar —no en el sentido legal, sino emocional—, de haber crecido rodeada de cuidado, valores y amor. En ese calor de familia que me sostuvo desde siempre.

Fue entonces cuando la palabra “adopción” empezó a transformarse dentro de mí. Ya no era solo un eco doloroso, sino una puerta hacia algo más grande: la necesidad de todos de ser acogidos, de pertenecer a un lugar que nos nombre, que nos espere, que nos abrace. Comprendí que no se trata solo de un acto legal, sino de un gesto humano que atraviesa la vida: ser elegidos por alguien o por algo que nos haga sentir en casa. Así, la adopción dejó de ser una herida y empezó a ser una posibilidad.

Un vínculo ,no inmediato pero sí profundo

Entré por primera vez a la fundación un 5 de marzo, sin saber con certeza qué tipo de experiencia me esperaba. El cuerpo llega primero, pero el alma tarda un poco más. Esa mañana, mientras caminaba por los pasillos, lo que predominaba en mí era la expectativa, mezclada con una suave ansiedad. Helen, nuestra representante de prácticas, nos recibió y nos explicó que durante los primeros días debíamos rotar por los tres salones

de la institución, con el fin de identificar en cuál de ellos nos sentíamos más cómodas para desempeñar nuestras funciones. Nos acompañó a cada espacio, y ese día fui asignada al grupo “Pequeños”.

En ese momento, los niños de “Aventureros” y “Pequeños” compartían espacio mientras desayunaban. Apenas crucé la puerta, me rodearon. Me abrazaban sin miedo, como si ya me conocieran. Uno de ellos incluso tomó mi carné con una confianza que desarmaba cualquier idea de distancia. Era su manera de decir: “estás aquí, ahora también eres parte de esto”.

A lo largo del día fui sumergiéndome en una rutina ajena y a la vez intensamente humana. Ayudé a vestir, peinar, limpiar y acompañar. Todo en la dinámica diaria era profundamente sistemático, casi al estilo militar. Las actividades estaban estructuradas, el tiempo controlado, los movimientos repetidos. La forma de bañar, secar y vestir a los niños seguía un orden riguroso, ejecutado por las “Abuelitas” con precisión y experiencia. Yo me unía al proceso, intentando encajar en una coreografía ya ensayada, donde cada paso tenía su momento y su forma

Ese contacto con lo cotidiano —con el cuerpo del niño que se resiste, que se ensucia, que llora, que muerde, que se duerme en tu brazo como quien confía sin reservas— fue lo que verdaderamente empezó a formarme. Cuando Mateo mordió a tres niñas en un breve instante, no hubo teoría que me salvara. Solo instinto, contención, y la voluntad de no reaccionar desde el enojo sino desde el intento de comprender. Una de las niñas se abrazó a mí para dormir, como si en ese momento yo fuera su única certeza. Y ahí sentí el peso del vínculo. No es inmediato, pero sí profundo. Y también frágil.

El segundo día estuve con el grupo de “Bebés”. El ambiente era distinto, más pausado, más delicado. Cada pequeño habitaba su espacio con una forma muy suya de estar en el mundo. Algunos llenaban la sala con su energía. Otros, como Sergio, parecían vivir en una esquina del mundo. Su silencio no era vacío, era otra forma de comunicación. Fue él quien me enseñó que acompañar también es aprender a observar con respeto, sin invadir. Con Caleb ocurrió algo que me marcó profundamente. Jugábamos con una pelotita pequeña que él lanzaba con entusiasmo. En un momento, la pelota rodó fuera de su vista, se ocultó tras una cuna, y él no dudó: fue tras ella. Volvió a lanzarla, esta vez apuntando hacia un lugar donde sabía que desaparecería. Luego la buscaba otra vez. Repetía el juego con insistencia. En ese momento entendí que estábamos jugando, sin planearlo, al desarrollo de la permanencia del objeto. Caleb ya había empezado a entender que algo puede seguir existiendo aunque no lo vea. Y esa comprensión, tan temprana y vital, me llenó de una alegría silenciosa. No solo estábamos compartiendo un juego: él estaba descubriendo cómo funciona el mundo. Era la teoría viva, revelándose frente a mí sin previo aviso, en medio del juego más simple. Y eso me recordó por qué estoy aquí.

El 12 de marzo fue mi último día de rotación. Me asignaron al grupo de “Juguetones”, donde lo primero que encontré fue una cuidadora al borde del agotamiento que me recibió con un: “menos mal llegó, venga ayúdeme”. Así fue como conocí a María Ángeles, una niña que comía lento y tenía una mirada un poco triste, pero que en medio de la rutina acelerada parecía no tener espacio. Me vi rodeada de bebés cuyos nombres no conocía, sin una presentación, sin una guía, simplemente arrojada a la escena como si ya supiera cómo moverme allí.

Ayudé como pude, bajé a los niños de sus sillas, los llevé al baño, vestí, peine. Todo seguía siendo sistemático, pero ahora, además, se sentía desbordado. Llevé a María Ángeles en brazos hasta el cuarto y, al ponerla en el suelo, noté que sus piernas se doblaban. Lo intenté una y otra vez, sin entender qué estaba pasando. Avisé a la cuidadora, pero su respuesta fue seca: “ay, déjela por ahí que estoy ocupada”. Y así la dejé, con culpa, con impotencia, con la sensación de que algo no estaba bien y nadie lo quería ver.

Después supe que María Ángel tenía tres años, pero su cuerpo no funcionaba como el de una niña de su edad. A causa de una desnutrición crónica desde sus primeros meses, su desarrollo físico y neurológico estaba profundamente comprometido. En términos evolutivos, era como si tuviera nueve meses: no caminaba, no hablaba, apenas sostenía su tronco, y necesitaba asistencia constante para alimentarse, porque aún no sabía cómo masticar ni tragar adecuadamente. Pero eso no era evidente para todos. En un entorno donde se espera que cada niño “siga el ritmo”, su diferencia pasaba inadvertida o, peor aún, era ignorada. Y yo, con el corazón en la garganta, me quedé ahí, observando cómo esa forma de cuidado que debería protegerla, simplemente no llegaba.

Después de transitar por la sala de Bebés, Juguetones y Pequeños, la decisión de permanecer en la sala de bebés no fue el resultado de una comparación sistemática de alternativas, sino que se fue configurando a partir de la experiencia misma. En el contacto cotidiano con los bebés se hizo evidente una forma de estar en la relación caracterizada por la disponibilidad, la atención sostenida y la implicación en el cuidado, que otorgaba sentido a la permanencia en ese espacio.

Más que una elección basada en criterios previamente definidos, se trató de una orientación que emergió en el encuentro, a partir de la cual se volvió posible sostener el cuidado de manera constante y comprometida.

En esa sala, todo ocurre bajito, pero con una intensidad que desarma. No hay explicaciones ni discursos. Hay cuerpos. Hay miradas que apenas se asoman. Hay llantos que lo dicen todo sin decir nada. Hay una forma de estar que te exige dejar el juicio en la puerta y entrar con el alma abierta.

Me hablan. Me hablan con el cuerpo. Hay chiquis que se derriten blanditos sobre mí, como si mi abrazo les resultara suficiente. Otros apenas se están moldeando a mi cuerpo, quizá su forma rígida de estar en el mundo resulte ablandándose cuando le tienda no sólo los brazos, sino una forma distinta de ser mirada y sostenida. Una que no se limita a alimentar, cambiar o bañar, sino que le diga, sin palabras, estoy aquí para conocerte. Alguien que te observa no como un cuerpo que requiere no solo cuidados físicos, sino cuidados dirigidos a un ser humano, cómo duerme, qué ritmo necesitas para calmarte, cómo prefieres que te carguen, qué gestos te abruman y cuáles te alivian. Una mirada que no generaliza, que no aplica recetas, que no pasa por encima. Una presencia que sabe de ti, que te va ofreciendo sin apurarte, que te acoge incluso cuando te resistes. Y quizás, en esa constancia sin exigencia, algo en tu cuerpo —y en el mío— empieza a confiar. Como sostiene Levín (2010), la experiencia de ser niño se funda en una plasticidad simbólica que abre múltiples posibilidades de expresión a través del cuerpo, los gestos y los silencios, incluso antes de la palabra.

Hay bebés que aún no se entregan, y está bien. También me enseñan. Me enseñan a no interpretar desde la urgencia, a no leer la rigidez como rechazo, sino como un modo de protegerse, de afirmarse que el mundo a veces es inseguro.

“Lo que las palabras no pueden nombrar”

Tal vez lo más difícil de acompañar a un bebé no es sostener su cuerpo, sino sostener lo que despierta en el tuyo. Hay un instante —solo uno— en el que se abandonan por completo sobre ti. Se vuelven blanditos, confiados, enteros. Y en ese segundo exacto, una parte tuya también se cae. Algo se afloja. Algo que ni siquiera sabías que estaba tenso.

Y no se lo cuentas a nadie. Ni a tus compañeras. Ni a la profesora. Ni siquiera a ti misma con claridad. Porque da miedo que eso tan pequeño te atravesara tan hondo. Porque, ¿quién podría comprender que un bebé —con su llanto, su peso, su cuerpo apenas llegando al mundo— logre tocarte de una forma que nadie más ha logrado? Que sin decirte nada, te diga todo. Que sin saber tu nombre, te habite.

A veces pienso que lo más hermoso de estar con ellos no es cuando se calman, sino cuando no lo hacen. Cuando siguen llorando en mis brazos y aun así no me suelto. Cuando me enseñan que no tengo que resolverlo todo, que a veces basta con quedarse.

Y en esos momentos —esos que nadie fotografía, que no se escriben en los informes— me quedo sin forma de decirlo. No sé cómo ponerlo en palabras, cómo traducirlo sin empobrecerlo. Porque no lo entiendo del todo. Porque hay cosas que no pasan por la lógica ni por el lenguaje. Hay algo ahí —un lazo, una presencia, una vibración— que no aparece en ninguna

palabra.No es conexión.Es más hondo.Es como si algo en mí y algo en él se reconocieran en un lugar que no sabría nombrar.

Y eso también duele.Me duele profundamente saber que en algún momento voy a tener que separarme.Que no podré explicarlo,ni despedirme como quisiera.Que él no entenderá por qué dejé de estar,por qué mis brazos ya no lo arrullan después del almuerzo,por qué mi voz no canta más su siesta.Y yo tampoco sabré cómo decirle todo lo que me dio.

Porque esto lo supe desde el principio: que el vínculo que se construye con un bebé no se grita, pero tampoco se borra.Me lo repetí muchas veces:esto es parte del proceso,tienes que saber irte, tienes que tener inteligencia emocional.Pero la verdad es que me atravesó.Entera.Que algo en mí se queda con él,y algo de él se vendrá conmigo para siempre,aunque nunca lo nombre.Aunque nadie más lo sepa.

“Cuerpitos pequeños”

El trabajo cotidiano en la sala de bebés permite observar que el vínculo no se configura exclusivamente desde la acción de quien acompaña,sino que emerge como una experiencia relacional de afectación mutua.En este espacio,el acompañamiento no se organiza de manera lineal ni unidireccional, sino que se construye en la interacción continua entre cuerpos, gestos, tiempos y respuestas.Los bebés,aún sin mediación de la palabra,participan activamente en la producción del vínculo,incidiendo en los modos de presencia y disponibilidad de los adultos que los acompañan.

Las experiencias observadas muestran que la comunicación en la primera infancia se despliega a través de múltiples registros.El llanto,lejos de constituirse únicamente como una señal

de malestar, opera como una forma de expresión diferenciada; el silencio adquiere valor comunicativo; y el cuerpo se presenta como el principal organizador de la demanda. En este sentido, el cuidado exige una modalidad de escucha que no se reduce a la interpretación inmediata ni a la resolución rápida, sino que implica la capacidad de sostener la incertidumbre y habilitar un tiempo que permita leer la singularidad de cada expresión.

En la cotidianidad de la sala se hacen visibles diversas formas de aproximación al otro. Algunos bebés buscan el contacto de manera inmediata, mientras que otros requieren mayor tiempo antes de acercarse. Hay quienes se entregan con facilidad al sostén corporal y quienes mantienen una distancia inicial, observando el entorno antes de confiar. Estas diferencias no pueden ser comprendidas como dificultades individuales, sino como expresiones de trayectorias relacionales previas y de modos singulares de vinculación. El cuidado, en este contexto, se configura como una práctica que demanda flexibilidad, atención diferenciada y respeto por los tiempos propios de cada bebé.

La observación sostenida de estas interacciones permite reconocer que el vínculo se construye en la repetición de gestos mínimos: la forma de cargar, el tono del arrullo, la manera de responder a una demanda corporal. Estos gestos no son neutros ni intercambiables; por el contrario, se inscriben en una memoria corporal que va organizando la experiencia tanto de los bebés como de quien acompaña. La práctica del cuidado se afina progresivamente, no como aplicación de técnicas estandarizadas, sino como respuesta situada a las particularidades de cada encuentro.

Desde esta experiencia, se hace evidente que el cuidado no puede pensarse únicamente como una función instrumental. En el sostenimiento cotidiano de los bebés, quien acompaña

también se ve afectado: el ritmo se desacelera, la atención se reorganiza y la disponibilidad emocional se vuelve una condición central. El vínculo no aparece entonces como un efecto secundario del cuidado, sino como el elemento que lo estructura y le otorga sentido.

Los momentos de quietud, especialmente aquellos en los que los bebés logran conciliar el sueño, abren un espacio para interrogar aquello que no es visible ni plenamente accesible: las historias previas, las experiencias tempranas y las marcas que cada bebé porta, aun cuando no puedan ser nombradas. Reconocer la imposibilidad de conocer completamente estos recorridos no implica desentenderse de ellos, sino asumir una posición de cuidado que no busca resolver ni completar, sino acompañar desde la presencia y el respeto por el límite.

La expresión “mis niños” no refiere aquí a una apropiación personal ni a una delimitación cerrada, sino a una experiencia relacional compartida que se construye en el tiempo. Nombrarlos de este modo da cuenta de una implicación sostenida, de una convivencia cotidiana que permite comprender el cuidado como una práctica que no se agota en la atención de necesidades básicas, sino que habilita procesos de reconocimiento y sostén vincular.

Cada encuentro deja huellas que no se presentan como recuerdos aislados, sino como aprendizajes incorporados en la práctica. Las experiencias con unos bebés informan y transforman el modo de acompañar a otros, no desde la repetición mecánica, sino desde una memoria relacional que se va articulando. Así, el cuidado se configura como un proceso vivo, en el que las experiencias pasadas continúan operando en el presente.

Desde esta perspectiva, el acompañamiento en la sala de bebés puede comprenderse como un espacio privilegiado para observar cómo el vínculo se construye en condiciones de fragilidad y discontinuidad. La experiencia permite reconocer que el cuidado, más que un conjunto de

acciones técnicas, constituye una práctica relacional que incide tanto en los bebés como en quien acompaña, produciendo transformaciones mutuas. En este sentido, la implicación no se opone al análisis, sino que se vuelve una vía para comprender, desde dentro, las condiciones que hacen posible el vínculo en la primera infancia.

En la mirada de los niños, el espejo del alma

La experiencia en la sala de bebés no condujo de manera inmediata a comprensiones estables, sino a un proceso de interrogación progresiva en torno al cuidado y a la función que allí se despliega. En el marco institucional de la fundación, el cuidado se organiza prioritariamente en torno a la atención de necesidades corporales básicas, tales como la alimentación, la higiene y el descanso, las cuales estructuran las rutinas y delimitan las intervenciones posibles. Este ordenamiento, necesario para el sostenimiento cotidiano, establece también un marco que tiende a reducir el cuidado a su dimensión funcional. No obstante, la permanencia sostenida con los bebés comenzó a tensionar esta delimitación. Aun cuando las necesidades físicas eran atendidas, emergía de manera persistente la pregunta por aquello que excede la satisfacción de lo básico. Fue en este punto donde comenzó a instalarse una dificultad particular: la de nombrar el lugar que se estaba ocupando en el vínculo con los bebés sin recurrir, de manera automática, a la noción de maternidad. Tal como expresa *Philippe Julien* (2002) señala que la función materna no se define por el lazo biológico, sino por una trama simbólica que introduce al niño en el campo del reconocimiento. Esta conceptualización permitió abrir un interrogante que atravesó la práctica de manera insistente: ¿qué ocurre cuando esa función comienza a desplegarse en un contexto institucional y desde una posición profesional? ¿Cómo pensar la maternidad cuando no se trata de una elección identitaria, sino de una función que parece emerger en el cuidado cotidiano? Con el paso del tiempo, la noción de maternar comenzó a adquirir un carácter problemático. Lejos de

presentarse como una categoría esclarecedora, se transformó en una figura inquietante que amenazaba con desdibujar los límites de la práctica profesional. La dificultad no radicaba únicamente en el hacer cotidiano, sino en la imposibilidad de ubicar con claridad desde qué lugar estaba acompañando a los bebés. La maternidad, en este sentido, empezó a operar como un significativo ambiguo que, en lugar de ordenar la experiencia, introducía confusión y malestar. Este cuestionamiento se intensificó al advertir que el cuidado institucional no habilita una función materna plena ni exclusiva, pero tampoco se limita estrictamente a lo técnico. En ese entre, la profesionalidad comenzó a tensionarse: ¿cómo sostener una posición profesional cuando el cuidado exige disponibilidad constante? ¿Cómo evitar que la maternidad funcione como un ideal que absorbe y borra la especificidad del rol? ¿Qué se pierde y qué se gana cuando la función materna se superpone con la práctica profesional? La dificultad para nombrar este lugar puso en evidencia la fragilidad de las categorías disponibles para pensar el cuidado en contextos de institucionalización temprana. La maternidad, lejos de constituirse como una respuesta, se volvió un problema teórico y práctico. Un problema que obligó a revisar los supuestos sobre el cuidado, el vínculo y la profesional, y a preguntarse por los efectos de estas tensiones tanto en los bebés como en quienes acompañan. Desde esta experiencia, el cuidado comenzó a pensarse no como una oposición a la maternidad ni como una función que deba ser excluida del quehacer profesional, sino como una posibilidad de articulación. La noción de maternar, inicialmente vivida como una figura problemática que amenazaba con desdibujar los límites del rol, empezó a resignificarse como una dimensión que puede entramarse con la formación académica y con una práctica situada del cuidado. En este sentido, reconocer la dimensión simbólica del vínculo no implicó quedar atrapada en la figura materna, sino habilitar una reflexión que permitió integrar aquello que se ama hacer con aquello que se estudia y se elige como posición profesional.

Capítulo 2 :“Cuidados que acontecen”

“En mis manos, el nacimiento de un sujeto”

En mi tiempo transcurrido en la fundación, hubo algo que comenzó a inquietarme desde el primer día: la fragilidad de los cuerpos pequeños, los resfriados constantes, las fiebres que aparecían y desaparecían como si fueran parte natural de la rutina. Veía cómo los niños enfermaban con frecuencia, y no podía quedarme en la explicación simple de los virus, el clima o los contagios inevitables. Algo dentro de mí me decía que la enfermedad también hablaba de otra cosa: del desamparo, de la falta de sostén, de un cuerpo que aún no se siente del todo habitado.

Fue allí cuando comprendí que mi tarea no podía limitarme a lo asistencial. Que debía pensar un abordaje donde lo invisible como lo es el vínculo, la ternura, la sensación de existir para alguien se convirtiera en una forma de cuidado tan importante como la alimentación o el descanso. Comprendí que la mente y el cuerpo se sostienen en un diálogo constante; que cuando un niño es nombrado, acariciado y sostenido, algo en su interior comienza a ordenarse, y esa calma le da también la fuerza para defenderse mejor.

En esa comprensión buscó respaldo en lo que he leído y en lo que otros investigadores han demostrado: que el afecto no es un adorno, sino una necesidad vital; que la identidad y el vínculo no son asuntos abstractos, sino raíces que fortalecen la vida biológica. Así nació el abordaje que aquí relato: una experiencia que buscaba no solo calmar, sino presentar al niño a sí mismo, un cuerpo que lo nombra, que lo inviste y lo atraviesa, un lugar seguro desde el cual habitar el mundo. Y es entonces que nació “El primer latido de un sujeto”.

“El primer latido de un sujeto ”

Había imaginado ese momento muchas veces. La alfombra extendida, los aceites suaves, las canciones que acarician el aire. Pero los bebés no obedecen a los planes del afuera, y ese día, cuando todo parecía listo, el sueño los reclamó uno por uno. Como si entre ellos se pasaran la voz en secreto: “todavía no, necesitamos pausa”.

Y entonces esperé. No con angustia, sino con el cuerpo entregado a lo que es. Con la convicción de que lo valioso no se arranca a la fuerza. Dejé que el silencio se hiciera espacio, y poco a poco, en su propio ritmo, cada bebé fue despertando. Y con cada despertar apareció también una nueva posibilidad de encuentro.

Éramos cuatro adultas: Laura, Ana, una abuelita y yo. Los bebés eran Dulce, Nico, Juan y Pipe. Sin pensarlo, cada una se encontró con un niño. Laura con Nico, Ana con Juan, la abuelita con Dulce, y yo con Pipe. Lo sentí como un hilito invisible que me llevaba hacia él.

En la sala de estimulación extendí la alfombra de espuma y, en los bordes, muy lejos de sus cuerpos rocíe unas gotas de lavanda para que el aire se volviera un poco más amable. El aceite que había preparado ya no estaba, así que usamos crema. Y no importó. Porque entendí que los cambios también son caminos: lo esencial no era con qué, sino cómo.

El primer momento del ritual fue un masaje amoroso, acompañado de canciones circulares y palabras que nombraban el cuerpo; la frente, las cejas, los dedos, las piernas. No era solo tacto, era decirles: “aquí estás, yo te veo, tú existes”.

Con Pipe algo se transformó. Un niño que solía vivir en alerta, con el cuerpo tenso y la mirada baja, se dejó habitar de otro modo. Cuando acaricié su frente, sonrió. Una sonrisa como

quien descubre que puede estar ligero. Y cuando mis manos nombraron su barriguita tibia, su respiración se volvió honda y lenta. Entonces levantó sus manitos, como una flor que se abre desde dentro. Fue un gesto sin cálculo, un decir sin palabras: “estoy contigo, me dejo sostener, este soy yo”.

Después del masaje, el movimiento fue natural. Los cuerpos, ya acariciados, buscaban calor. Así que lentamente cada una llevó a su bebé al pecho, no como quien acomoda, sino como quien recibe. No era una postura forzada, sino la más instintiva: el cuerpo adulto como nido. Allí empezó el arrullo, no para dormirlos, sino para que sintieran que estar en el mundo podía ser también dulce y seguro.

Ese día Pipe no lloró al quedarse dormido, como solía hacerlo. No hubo tensión, ni lágrimas, ni resistencia. Algo se había aflojado en él. Y también en mí. ¿Pero qué es lo que lo hace diferente de un masaje mediado por una técnica?

Lo que lo hace diferente es el sentido que lo sostiene. No se trata de una secuencia de movimientos orientados a relajar el músculo o favorecer el descanso. Aunque esos efectos pueden aparecer, no constituyen el objetivo central. El abordaje parte de comprender el cuerpo no solo como organismo biológico, sino como territorio en construcción, como espacio donde comienza a inscribirse la experiencia de ser.

Cada caricia, cada palabra que nombra una parte del cuerpo, cada mirada sostenida, no persigue únicamente un efecto físico inmediato, sino que busca ofrecer una experiencia de reconocimiento. No es el contacto en sí lo que transforma, sino la intención relacional que lo atraviesa. El masaje deja de ser técnica cuando se convierte en acto de investidura; cuando el niño no solo es tocado, sino visto, nombrado y sostenido en su singularidad.

La diferencia radica en que no es una intervención aislada, sino un proceso sostenido en la cotidianidad. El ritual no inicia en la alfombra ni termina con el arrullo; se construye en la repetición diaria del saludo, el baño, la alimentación y el acompañamiento. Es en esa continuidad donde el cuidado adquiere profundidad y se convierte en experiencia estructurante.

Desde mi lugar como profesional en primera infancia, esta práctica se fundamenta en la comprensión de que los primeros años no solo configuran habilidades, sino modos de habitar el mundo. Mi intervención no busca únicamente estimular el desarrollo, sino propiciar condiciones para la constitución subjetiva. El tacto se vuelve lenguaje, la presencia se vuelve sostén y el cuidado se transforma en acto formativo. Por ello, este abordaje no puede reducirse a una técnica corporal. Es una práctica intencionada, ética y relacional, orientada a que el niño no solo experimente bienestar momentáneo, sino que pueda comenzar a sentirse reconocido, habitado y existente en la mirada del otro.

“La piel que atraviesa barreras”

En la fundación la ida se organiza en salas, y cada sala con su propio mundo, con sus propias reglas y formas de cuidado. Una de ellas era la sala DAFNE. Muy pronto comencé a llamarla el “búnker”, porque para entrar allí había que cubrirse con tapabocas y guantes; el contacto parecía siempre mediado por una barrera, como si los niños que habitaban ese espacio tuvieran que ser protegidos del mundo, pero al mismo tiempo quedarán aislados de él. Era un lugar considerado “seguro” por los médicos y el personal asistencial, pero para mí también era un espacio frío, donde costaba encontrar una mirada o un gesto que atravesará todas esas capas de distancia.

Yo no podía quedarme solo en esa sensación de vacío. “No seguí todas las reglas”: me acerqué con mis manos y con mi cuerpo dispuesto a ofrecer algo más que una rutina de higiene. Quería darles calor, ternura, sostén. No solo a A, pero fue con él con quién nació una conexión distinta.

(A) tenía unos ojos tristes y una ansiedad que se notaba en todo su cuerpo. Se llevaba las manitas a la boca y las cruzaba dentro de ella, como si buscara en sí mismo la calma que afuera no encontraba. Ese gesto me golpeaba por dentro: ¿cómo podía ser que a tan corta edad ya se viviera el mundo como un lugar inseguro, como un caos? Después de aquel primer abordaje comprendí que con Pipe algo pedía continuidad. No era suficiente un momento aislado, porque su ansiedad, sus gestos, su manera de buscar refugio hablaban de la necesidad de un sostén repetido, cotidiano. Así, empecé a estar más cerca de él, no con un plan rígido, sino en la simpleza de lo diario: al saludarlo cada mañana, al sostenerlo en el baño, al darle el tete, al cambiarlo, al acompañarlo en la comida. No era un método que yo imponía, sino un vínculo que se iba abriendo paso en los gestos más comunes.

Poco a poco, el baño dejó de ser solo higiene y se volvió un momento de encuentro; el biberón dejó de ser únicamente alimento y se convirtió en calma; el cambio de ropa dejó de ser rutina y pasó a ser un espacio para reconocer su cuerpo; incluso la comida empezó a tener otro tono, ya no solo como necesidad, sino como compañía. Cada gesto, cada palabra, cada mirada se volvió una oportunidad para arrullarlo, nombrarlo, recordarle que existía y que su cuerpo tenía un lugar en el mundo.

Con el tiempo, esa constancia empezó a dar frutos. Su llanto cedió, sus manitas dejaron de ser refugio de angustia y se abrieron al contacto. Sus ojos, antes apagados, empezaron a brillar con

la confianza de quien descubre que el mundo no siempre duele, que puede haber un otro que sostiene. Y yo también cambié con él: comprendí que, en medio del aislamiento más rígido, un vínculo puede abrirse paso, derribar muros invisibles y devolvernos, aunque sea por instantes, la posibilidad de habitar el mundo de otra manera.

El llanto de Dulce

Dulce llora.

Llora porque tiene sueño, porque tiene hambre, porque quiere brazos que la sostengan, una voz que la nombre, una mirada que la busque.

Llora porque es su forma de decir que existe, que está aquí, que necesita algo aunque todavía no sepa qué. Y entonces me pregunto: ¿por qué el llanto de un bebé incómoda tanto?, ¿por qué se vuelve “malo” después de un tiempo?, ¿en qué momento el llanto deja de ser lenguaje y pasa a ser un problema?

Dulce llora desde que la conozco. Cuando llegué, era la más pequeña, la más frágil, la que siempre llegaba a cargar. Su llanto movía el aire, atravesaba la sala y, de alguna manera, nos unía a todos alrededor suyo.

Siempre había alguien para ella: brazos que la mecían, voces que la calmaban, canciones que se repetían como un mantra. Pero, con el paso de los días, su llanto empezó a leerse distinto. Algunos decían que estaba “mal acostumbrada”, que lloraba “por puro gusto”.

Yo no podía verlo así. A mí me parecía que Dulce no lloraba por capricho, sino porque el silencio, para ella, era demasiado grande. A veces la tomaba en mis brazos y la mecedora empezaba su suave movimiento.

Había algo en su llanto que no pedía consuelo inmediato, sino reconocimiento. Como si en cada grito buscará confirmar que su voz tenía un lugar en el mundo.

Durante el abordaje, Dulce no pudo quedarse.

Tenía sueño, hambre, cansancio, y su abuelita la llevó a dormir. Mientras el resto de los bebés se dejaban arrullar por la voz, por las manos, por el movimiento, yo sentía la ausencia de Dulce como un eco. Su llanto seguía ahí, incluso en silencio, recordando que no todos los bebés logran entrar al mismo ritmo del cuidado, que cada uno tiene su tiempo, su modo de decir, su forma de habitar la presencia del otro.

El tacto como primera mirada

En esta etapa del semestre, llegaron a la fundación nuevas presencias que transformaron el ritmo cotidiano: personas maravillosas, practicantes que, como yo, buscaban entender el mundo de la primera infancia desde la sensibilidad y la observación. Cuando empezamos a dialogar, a compartir nuestras miradas, se fueron abriendo muchas preguntas. Cada una traía una forma distinta de ver el vínculo, de pensar el cuerpo, de reconocer en los niños algo más que una rutina. En esas conversaciones, llenas de dudas y de intuiciones, fuimos encontrando también las problemáticas que habitaban el lugar: cuerpos que parecían no sentirse del todo, gestos rígidos, miradas que no terminaban de encontrarse con su reflejo.

A pesar de todas las posibilidades que se tejían, había algo que se repetía en los niños, algo que nos dolía mirar: la dificultad para reconocerse, para habitar el cuerpo. No se trataba solo de la motricidad o el movimiento, sino de una desconexión más honda, una ausencia de vínculo consigo mismos. En los pocos momentos en que podían mirarse en el espejo del taller de simulación,

aparecían gestos de sorpresa, de duda, de distancia. Algunos se reían, otros desviaban la mirada, otros se agachaban como si no quisieran verse. Fue ahí cuando comprendí que el problema no estaba solo en el entorno o en las rutinas, sino en la imposibilidad de sentirse reconocidos.

De esas reflexiones compartidas nació la idea del segundo abordaje. Lo llamé “Explorando colores, texturas y el reconocimiento”, porque sentía que el cuerpo necesitaba volver a sentir, a tocar, a descubrir. Quería que el color se volviera emoción, que la textura despertara el deseo de explorar, que el espejo ofreciera la posibilidad de encontrarse con uno mismo. Este abordaje fue el resultado de una construcción colectiva, de escuchar y dejarme acompañar, de mirar a los niños con otros ojos y reconocer que, a veces, el cuerpo también pide ser mirado con ternura.

Durante los primeros años de vida, los bebés construyen su noción de sí mismos a partir de experiencias corporales, sensoriales y emocionales. Teniendo en cuenta y siguiendo esta línea Daniel Stern (1985), habla del reconocimiento del propio cuerpo y de la imagen que este proyecta es un proceso central para el desarrollo de la identidad y la constitución del “sí-mismo emergente”. El bebé se descubre a través de la sensación, la acción y el reflejo de su imagen en los otros y en el espejo. El uso de engrudo en diferentes colores permite una exploración táctil y visual. Por su parte, el juego frente al espejo se convierte en un recurso esencial para que los bebés se reconozcan, identifiquen sus movimientos, gestos y expresiones, y fortalezcan la construcción de su yo corporal. Pintar sus rostros y observarse genera un espacio de descubrimiento, disfrute y aprendizaje que la experiencia sensorial se une al reconocimiento personal.

Frustración institucional

El segundo abordaje empezó a tomar forma desde el día anterior, entre la ilusión y la incertidumbre. En la sala de estimulación encontramos una piscina inflable y decidimos usarla como escenario. Las practicantes de fisioterapia y yo la inflamos, limpiamos, la dejamos preparada desde la tarde anterior. En mi mente, ya imaginaba el momento: los niños tocando, explorando, descubriendo su cuerpo en el color y la textura.

Esa noche intenté hacer una plastilina casera. Quería algo simple, suave, que ellos pudieran sentir entre las manos. Pero la mezcla no me resultó. Era demasiado líquida, se volvió como una colada espesa, sin forma. Intenté varias veces y todo me salió mal. Sentí frustración, porque había puesto mucha ilusión en ese intento. Me pasé la noche viendo videos, leyendo recetas, buscando una nueva forma de hacerlo. Y así surgió la idea de preparar tres masas diferentes: una mezcla fluida —un fluido no newtoniano— hecha con maicena y agua; una masa de harina de trigo, más densa y suave; y una masa de arepas, con olor a maíz y textura cálida.

Al día siguiente, madrugué. Esperé afuera de la tienda donde había comprado los materiales, literalmente frente a la puerta cerrada, contando los minutos hasta que abrieran. Cuando por fin llegó la hora, entré rápido, compré todo de nuevo —harina, maicena, colorantes— y salí casi corriendo hacia la fundación. Allí, en la institución, preparé cada mezcla a mano: primero la de harina, luego la de maicena, que a veces se volvía demasiado líquida y tenía que volver a empezar. A medida que el agua cambiaba la textura, yo también cambiaba la paciencia. Todo era ensayo y error, cuerpo y materia.

En medio de ese proceso, me di cuenta de que la harina no alcanzaba. Fui a buscar ayuda en la cocina. Les conté lo que estaba haciendo y una de las señoras, con la amabilidad que solo

tienen las manos acostumbradas a alimentar, me recomendó usar masa para arepas. “Esa sí les va a gustar”, me dijo. Me ayudaron a conseguir más mezcla, y entre olores a maíz y harina caliente, todo empezó a cobrar forma.

Las tres masas quedaron listas: el fluido no newtoniano, la masa de arepas y la de harina de trigo. Las teñí de rojo, amarillo y azul. Cuando las colocamos en pequeñas cocas alrededor de la piscina, el espacio se llenó de una alegría callada, como si algo importante estuviera por nacer.

Alrededor de las once de la mañana, cuando ya todo estaba dispuesto, me acerqué a la profesora responsable para solicitar su autorización y dar inicio a la experiencia. Sin embargo, ella expresó que no era posible realizarla en ese momento: los niños estaban próximos al almuerzo y luego, tendrían su tiempo de descanso. Ella comentó que prefería evitar que se ensuciaran o se alterarían antes de dormir, pues algunos podían estar somnolientos o irritables.

En ese momento, experimenté una sensación de frustración. Había invertido tiempo, energía y emoción en la preparación, y sentía que el impulso de iniciar se interrumpió. Sin embargo, comprendí que su decisión respondía a la rutina establecida para los niños y que debía respetar esos ritmos. La actividad se reprogramó para las tres de la tarde, después del entredía.

Durante la espera, conversé con las practicantes, quienes me ofrecieron su apoyo para el momento en que pudiera realizar el abordaje. Sus palabras me tranquilizaron y me ayudaron a mantener la disposición y la calma.

Entre texturas y risas: Un cuerpo que juega.

A las tres de la tarde, el grupo de niños se levantó de la siesta. Algunos aún mostraban signos de sueño, otros ya estaban despiertos y activos. Junto con mis compañeras practicantes los trasladamos en el carrito institucional hacia el espacio dispuesto para la actividad. En el trayecto cantamos suavemente para generar un ambiente tranquilo y de acompañamiento afectivo. Una vez ubicados en la piscina inflable, en la zona al aire libre, el ambiente se llenó de luz y movimiento. El sol de la tarde caía con suavidad sobre el pasto, y el calor templado del momento hacía que el cuerpo se sintiera dispuesto al contacto, a la exploración y a la risa. La piscina, de color azul, se encontraba en medio del jardín: un espacio sencillo, abierto, donde el viento se movía entre los árboles y el sonido de las voces se mezclaba con el de los niños.

Dentro de la piscina, los niños estaban en pañal, sentados o de rodillas, rodeados por las practicantes y por la abuelita Ana, quien nos acompañó durante toda la jornada. Frente a ellos, los baldes con las masas de colores —rojo, amarillo y azul— esperaban ser tocados. Las texturas eran suaves y densas; el olor a harina se mezclaba con el del pasto caliente.

El primer niño Yae en acercarse hundió sus manos en la masa amarilla. Su gesto fue una mezcla de sorpresa y curiosidad: miró sus dedos, los movía lentamente y, luego, intentó mostrarle a otro lo que había descubierto. A partir de ese instante, los demás se animaron a participar. Las manos pequeñas se tiñeron de colores; el rojo y el azul se mezclaban sobre la piel, formando tonos nuevos que se extendían por brazos, piernas y mejillas.

Las risas comenzaron a llenar el espacio. Había algo profundamente colectivo en ese juego: los cuerpos se tocaban, las miradas se encontraban, y cada gesto era compartido. Tal como expresa Daniel Stern (1985) plantea que desde los primeros meses el bebé participa en un mundo

interpersonal construido a partir de microinteracciones: miradas, ritmos, gestos, voces y contactos corporales que permiten la sintonía afectiva. Para él, estas experiencias compartidas generan un “sentir con el otro” que organiza la vida emocional y consolida el sentido. En ese marco, momentos como la risa colectiva, el contacto entre los cuerpos o el cruce de miradas no son simples manifestaciones de juego, sino formas de co-regulación y de ajuste afectivo que permiten que el bebé experimente su existencia en relación. La vitalidad que emerge en esas escenas como lo es el tono, el ritmo y el placer compartido que constituye una de las bases más tempranas de la subjetividad.

Las practicantes acompañamos el proceso con cuidado, ofreciendo las masas, animando suavemente, observando. La abuelita Ana, mientras tanto, no dejaba de comentar con su tono cálido y cotidiano:

Eje, con esa harina hubiéramos podido hacer arepitas esta noche.”

“Eje, con esa masa hubiéramos podido hacer una torta.”

“Eje, me da pesar ver cómo se montan esas harinas.”

“Eje, parece la fiesta del primero de enero.”

Sus palabras, llenas de humor y familiaridad, se entrelazaban con las risas de los niños. Cada comentario traía consigo una memoria doméstica, una conexión entre el juego y los saberes de la vida cotidiana. Su presencia recordaba que el aprendizaje también ocurre en comunidad, en diálogo con las experiencias de quienes han cuidado, cocinado y acompañado antes. Las texturas se volvían lenguaje: la masa fría al principio se templaba con el calor del sol y de las manos; la piel brillaba con los colores, el aire olía a mezcla y a tierra. Los niños se miraban unos a otros,

algunos tocaban sus brazos y los de sus compañeros, reconociéndose a través del color y la sensación.

El ambiente era de alegría serena, sin prisa. Nadie parecía querer terminar. Las risas de los niños se mezclaban con las de las adultas, y por momentos el espacio parecía suspendido: el juego se convertía en una experiencia de vínculo, de tacto, de confianza. Después de la experiencia con las masas, Don Saúl —uno de los colaboradores de la institución— nos ayudó a conseguir una manguera. El sol todavía alcanzaba a calentar el césped, y el aire, aunque más fresco, conservaba la tibieza del final de la tarde. Los niños, ya algo cansados, empezaban a mostrar señales de querer terminar: algunos se movían inquietos, otros buscaban el contacto de las adultas, otros simplemente se quedaban quietos mirando lo que quedaba de color sobre sus cuerpos.

Entre dos practicantes y yo comenzamos a bañarlos suavemente con la manguera. El agua salía fresca, a veces un poco fría, pero el ambiente era tan cálido y familiar que ninguno se mostró incómodo. Las gotas caían sobre sus brazos y piernas, y los colores se iban diluyendo lentamente, dejando rastros de masa que se escurrían en el pasto. Las risas se mantenían, ahora más suaves, como si el cuerpo se rindiera al cansancio y al alivio del agua.

La abuelita Ana esperaba con una toalla extendida entre sus brazos, lista para recibir a los niños que salían del baño. Su gesto era firme y tierno a la vez; los envolvía con cuidado, los secaba despacio y, sin perder su sonrisa, les hablaba en voz bajita: palabras cortas, suaves, de esas que calman. A su lado, el trabajo se volvía colectivo.

Tres de nosotras seguíamos bañando a los niños sobre el pasto, en medio de risas y chapoteos, mientras otra compañera los recibía, otra se los pasaba a Ana, y otra más se encargaba

de colocarles el pañal limpio y aplicarles la crema. Era un movimiento constante, coordinado sin haberlo planeado, casi intuitivo. Una sabía cuándo extender los brazos, otra cuándo traer la toalla, otra cuándo preparar la pijama. Todo fluía.

Ana, con la experiencia que solo da el tiempo, ayudaba a sentar a cada niño en el carrito después de vestirlo, lista para llevarlo al salón donde más tarde cenaron. Sus manos, llenas de harina y crema, seguían funcionando con precisión, sin apuro, como si entendiera que ese momento era más que una rutina: era un acto de ternura compartida.

La cuidadora, mientras tanto, observaba y acompañaba de cerca. Sonreía, se acercaba cuando la necesitábamos, sostenía una toalla, alcanzaba una crema, ayudaba a cambiar una pijama. Su presencia fue discreta, pero constante; apoyaba sin interrumpir, confiando en nosotras y disfrutando del ambiente. Su manera de estar tranquila, abierta, solidaria llenó de confianza la escena. En un espacio donde muchas veces prima la prisa, ella permitió que el tiempo se abriera, que el cuidado fluyera sin tensión.

El ambiente era cálido: el sol bajaba despacio, el pasto húmedo guardaba el calor del día, el agua corría aún entre nuestros pies. Los niños, envueltos en sus pijamas limpias, parecían livianos, con el cuerpo relajado después del juego. La risa se transformaba en silencio, en suspiros, en una calma colectiva que se extendía por todo el lugar. Mientras terminábamos de organizar el espacio —recogiendo toallas, doblando ropita, limpiando el área—, se sentía que el día cerraba su ciclo. Había cansancio, pero también plenitud. Cada gesto de cuidado, cada movimiento compartido, cada palabra de apoyo entre nosotras y la cuidadora fue parte de una misma escena.

No todo es ideal

Sé que mi redacción poética hace ver que no tuve dificultades, falencias o momentos complejos durante la experiencia. Pero sí los hubo. No porque el ambiente se tornara negativo o desbordado, sino porque, en medio del juego y la alegría, también aparecieron los cuerpos que dijeron “no”.

Desde el comienzo, mientras extendíamos las masas y preparábamos el espacio, las adultas estábamos completamente involucradas: jugando, explorando, riendo con los niños, tocando las texturas, cantando, creando ese clima de confianza que habíamos imaginado. Sin embargo, no todos los niños respondieron igual.

Algunos se acercaron con curiosidad y tocaron las masas con las manos abiertas, disfrutando del contacto con el material. Otros apenas rozaron la harina con un dedo y la retiraron enseguida, arrugando la cara. Un par de ellos lloraron, no querían tocar ni estar cerca, y preferían observar desde afuera. Para algunos, el olor, la humedad o la consistencia resultaban incómodos.

Las adultas nos mantuvimos acompañando, respetando esos gestos, ofreciendo otras maneras de participar: observar, oler, mirar cómo los demás jugaban. Nadie fue forzado a tocar; la experiencia se abrió a la posibilidad de no querer, de no disfrutar, de no estar. En eso también hay aprendizaje. En medio del bullicio, se podía sentir la mezcla de sensaciones: la risa de unos, el llanto breve de otros, la mirada atenta de quienes solo querían ver. Fue un escenario lleno de contrastes, donde la alegría no anulaba la incomodidad, sino que convivía con ella. Comprendí que

en toda práctica corporal hay límites, y que el juego sensorial también implica reconocer el derecho del cuerpo a decir “no quiero”.



Camila Beltran(2025):*Abordaje entre texturas con las practicantes de fisioterapia, trabajo social, nutrición, auxiliar de enfermería, La abuelita Ana y las practicantes en primera infancia.*

Pero entonces, ¿cuál era realmente el propósito de este abordaje y cuál fue mi aporte profesional?

El propósito no fue realizar una actividad sensorial. Fue ofrecer una experiencia donde el niño pudiera reconocerse como sujeto en el mundo a través de su cuerpo. Las texturas y los colores fueron medios, no fines. Lo esencial estaba en permitir que cada niño pudiera sentirse presente, diferenciado, capaz de dejar huella o de marcar un límite. Mi aporte profesional no estuvo en organizar un juego, sino en la manera de leerlo y sostenerlo. No vi solo exploración; vi procesos de reconocimiento. No vi resistencia cuando alguno se apartaba; vi afirmación de sí. No busqué que todos participaran igual; sostuve la singularidad de cada respuesta. La diferencia estuvo en la intención y en la posición desde la cual acompañé la experiencia: comprendiendo que el cuerpo, en los primeros años, no es solo materia que se estimula, sino territorio donde comienza a construirse el sujeto.

Ese fue mi aporte.No crear una actividad.Sino sostener un espacio donde el cuerpo pudiera ser vivido como propio.

“Lo que queda en mis manos”

“Lo que queda en mis manos” nació como un abordaje que yo había planeado para realizar en la sala de adopciones.Era una idea que venía germinando desde hacía tiempo, una forma de conversar con ese espacio donde las despedidas se hacen norma y el afecto parece tener que organizarse para no doler tanto.En esa sala, donde todo se prepara para el encuentro entre los niños y las familias adoptantes, hay también un conjunto de prácticas, de recomendaciones y de silencios que intentan “ordenar” el tránsito emocional.Una de ellas, quizás la más difícil de escuchar, es la que sugiere que,una semana antes de que el niño sea adoptado,las personas más cercanas como las cuidadoras, abuelitas, practicantes deben empezar a retirarle las demostraciones de afecto,a alejar el cuerpo,a moderar las caricias,a contener el impulso de abrazar o de decir “te quiero”.

La explicación institucional es que ese distanciamiento ayudaría al niño a cerrar un vínculo para poder abrir otro.Pero cada vez que escuchaba eso,algo en mí se resistía.

Me preguntaba: ¿por qué tendríamos que cerrar algo que puede transformarse,seguir fluyendo, hacerse continuidad?¿Por qué el amor tiene que retirarse para que otro pueda llegar?

Mi abordaje pretendía justamente eso:abrir la conversación sobre el vínculo como continuidad, no como ruptura.Yo no quería enseñar una técnica,sino proponer una mirada distinta: que los adultos pudiéramos sostener el tránsito,acompañar el paso y no desaparecer.No se trataba de que los cuidadores o practicantes entregarán a los niños a los padres adoptivos “Ese

es un acto profundamente institucional”, sino de que pudiéramos permanecer presentes, aunque fuera hasta el quiosquito, hasta el riachuelo, hasta el borde donde empieza el nuevo camino. Hasta ahí, y con el corazón entero.

Lo que escuché en las narraciones de las abuelitas, de las profes, de las cuidadoras, me ayudó a comprender que el dolor no radica solo en el niño, sino en el adulto que debe soltar. Que muchas veces es el cuerpo adulto el que se quiebra en el momento de la partida, y que ese temblor —ese llanto contenido, esa voz que se corta— es percibido por el niño, quien entonces siente que algo no está bien. No es solo el niño quien pierde: es el adulto quien se desgarrá. Por eso, el abordaje que imaginé no era terapéutico ni correctivo, sino profundamente humano. Quería pensar herramientas que permitieran al adulto no quebrarse del todo y sostener la despedida como un acto de amor y no como una pérdida irreparable. En esta línea, la noción de hospitalidad que desarrolla Dufourmantelle (2006) permite ampliar el sentido de este gesto. Para la autora, la hospitalidad implica la capacidad de alojar al otro, de recibirlo y sostenerlo, incluso cuando la presencia física ya no es posible. Se trata de una forma de continuidad afectiva que no depende de la proximidad material, sino del modo en que el adulto sigue albergando al niño en su pensamiento y en su deseo. Desde esta perspectiva, la despedida no marca un corte definitivo, sino un esfuerzo por garantizar que el niño permanezca alojado en un lugar interno desde donde pueda sentirse sostenido aun en la distancia.

Que el cierre no se viviera como un abandono, sino como una transformación del vínculo. Porque lo que hemos compartido con los niños —las canciones, los masajes, las comidas, las risas— no se borra: queda inscrito en la piel, en la memoria corporal, en ese lugar donde el afecto no necesita palabras para permanecer. De acuerdo con (Dolto, 1986; Lutereau, 2010). Sin embargo, el momento institucional que atravesamos en la fundación no era el ideal.

El ambiente estaba cargado: había un duelo colectivo, una sensación de incertidumbre, cansancio, silencios que pesaban. Nadie estaba del todo bien. Y en ese contexto, comprendí que no era el momento para implementar el abordaje. Había que esperar.

Pero aun así, sigo creyendo que lo que queda en las manos no se pierde.

Que aunque no haya podido realizar esa conversación en la sala, la idea sigue viva.

Sigue latiendo cada vez que pienso en el vínculo como algo que no se corta, sino que se transforma; cada vez que me resisto a entender el cuidado como un ciclo que empieza y termina, y no como una corriente que pasa por nosotros y nos deja algo.

En los contextos institucionales de protección, las experiencias de separación se configuran como procesos complejos en los que confluyen dimensiones afectivas y lógicas organizativas que no siempre son reconocidas de manera simultánea. En este escenario, resulta fundamental distinguir, sin disociarlos, dos planos que estructuran dichas experiencias. Por un lado, el impacto subjetivo que la ruptura del vínculo produce en los adultos que acompañan, y por otro, la forma en que la institución conceptualiza y gestiona la separación, el abandono y la infancia.

Desde la posición del adulto cuidador, la separación implica una experiencia de pérdida que, en el marco institucional, tiende a ser silenciada. Las exigencias de continuidad funcional y neutralidad emocional propias de estos dispositivos suelen limitar la posibilidad de elaborar el impacto afectivo del vínculo interrumpido. De este modo, el dolor asociado a la despedida no desaparece, sino que queda desplazado a un plano no legitimado, lo que contribuye a una desvalorización de la dimensión relacional del cuidado. El vínculo, reducido a una función

transitoria, se inscribe como prescindible, aun cuando haya operado como un sostén significativo en la experiencia cotidiana del niño.

Paralelamente, la mirada institucional sobre la separación se organiza desde una lógica procedimental que prioriza la gestión del cuidado por encima de la experiencia vincular. La separación se justifica como una medida necesaria dentro del sistema de protección, mientras que la infancia es concebida como una condición frágil que requiere ser regulada y contenida mediante dispositivos estandarizados. En este marco, la desaparición de los adultos de referencia no siempre es reconocida como una pérdida afectiva, sino como un tránsito esperado dentro del recorrido institucional, lo que favorece la naturalización de la ruptura y la invisibilización de sus efectos subjetivos.

No obstante, para el niño o la niña, la separación no opera como una categoría administrativa ni como un procedimiento abstracto, sino como una ruptura concreta y real en su mundo relacional. La desaparición de los adultos de referencia implica la interrupción de continuidades afectivas fundamentales, así como la pérdida de recursos simbólicos que sostienen la seguridad emocional y la organización de la experiencia temprana. En este sentido, la infancia queda expuesta a una discontinuidad que no solo reorganiza trayectorias institucionales, sino que incide de manera directa en los procesos de vinculación y en la construcción del bienestar emocional, evidenciando que toda separación institucional produce efectos relacionales que trascienden el acto formal que la legitima.

“Lo que queda en mis manos” es, entonces, todo lo que no pude decir, pero también todo lo que sigue vibrando: las huellas, las texturas, las risas, las palabras no dichas, las despedidas que no fueron finales, los cuerpos que aprendieron a sostenerse y soltarse al mismo tiempo.

Eso es lo que me queda, y con eso sigo caminando.

La imposibilidad de ser recordada

Hasta el sol de hoy, no sé muy bien cómo sentirme.

A veces me descubro en un estado de melancolía que no siempre logró nombrar con precisión. No sé si se trata de un sentimiento, un impulso o una sensación que simplemente me atraviesa. Tampoco sé si lo que me ocurre es una dificultad para encontrar sentido, o si el propósito profesional que antes me sostenía comienza a desdibujarse. Lo cierto es que despierto y me acuesto con una tristeza persistente que no termina de retirarse.

Al revisar esta experiencia desde la comprensión clásica de la melancolía, reconozco que no necesariamente expresa inmovilidad o pérdida. Tal como lo dice Aristóteles, en el *Problemata* XXX,1, se pregunta “por qué razón todos los hombres que sobresalen en filosofía, política, poesía o en las artes son manifiestamente melancólicos” (Aristóteles, *Problemata* XXX, 1). Esta perspectiva permite entender la melancolía no como un estado patológico, sino como una disposición ética del deseo que posibilita conservar, elaborar y transformar la experiencia sin convertirla en un peso fijo o inmóvil.

Esta lectura se distancia de la interpretación contemporánea que suele asociar la melancolía con depresión y con el estancamiento del deseo. En la tradición aristotélica, en cambio, la melancolía constituye un movimiento interior que abre espacio para la reflexión, la búsqueda y la reorganización del propio sentido. Desde esta mirada, lo que siento no es únicamente tristeza, sino un proceso en el que el deseo se reorienta y se reorganiza para afirmarse nuevamente en la vida.

Hay días en los que el cuerpo pesa. Me desespero sin razón, me cuesta dormir, pienso demasiado. Es una mezcla de emociones que se enredan: nostalgia, ansiedad, ternura, cansancio. Todo eso hace que el momento de despedirme de los bebés se vuelva casi insostenible. No se trata solo de un cierre académico o de una etapa universitaria; es un corte más profundo, un corte que siento en el alma. Hubo situaciones que hicieron que este final doliera más. No por algo negativo, sino porque el vínculo fue real. No es un desapego lo que estoy viviendo, es una desvinculación: una forma de dejar ir aquello que fue tan mío durante tanto tiempo. Es cerrar mis prácticas profesionales y, con ellas, una parte del sentido cotidiano que me acompañaba.

Cada día pienso en los niños. En cómo estarán, si dormirán bien, si seguirán riendo, si alguien seguirá cantándoles. Me pregunto qué pasará con sus cuerpos, con sus gestos, con las rutinas que compartíamos. Me asusta imaginar que todo sigue igual, pero sin mí. Y ahí aparece algo que he pensado como un golpe narcisístico: ellos van a seguir viviendo, creciendo, aprendiendo, sin mi presencia. Quizás, en algún rincón de su cuerpo, quede la huella de un arrullo, de una voz, de un olor y de un ritmo compartido. Tal vez su memoria corporal recuerde que hubo unas manos que los sostuvieron, unas risas que los acompañaron, unos ojos que los miraron con amor. Como afirma (Dolto, 1986) Pero ellos no sabrán que fui yo. Y, aunque eso sea natural, duele.

Duele porque la práctica no fue solo un ejercicio profesional; fue una experiencia afectiva, corporal, vital. Estuve ahí con todo mi ser: mi tiempo, mi energía, mis emociones, mi deseo de cuidar. Ahora, sin ese espacio, siento que algo de mí se queda suspendido, sin lugar donde sostenerse. Me doy cuenta de que la formación profesional también tiene su propio duelo. Nadie nos enseña cómo cerrar un proceso cuando lo que se ha tejido no es solo

conocimiento, sino vínculo, amor y presencia. Este final no se archiva ni se entrega en un informe: se siente en el cuerpo, en la piel y en la respiración.

Y aunque sé que los niños seguirán sin mí, también sé que algo de mí sigue en ellos. No como recuerdo consciente, sino como una forma de haber sido tocados, mirados y amados. Quizás eso sea, en el fondo, lo más hermoso y lo más triste de esta práctica: entender que educar y cuidar es también dejar ir, permitir que lo que uno da siga su curso en otros cuerpos, en otros tiempos, en otros espacios donde ya no estaremos.

Más Cunas vacías

Ya no hay risas.

Ya no hay llanto.

Los pasillos se ven vacíos, las cunas sin niños, los colchones puestos uno encima del otro en una esquina. El silencio se siente fuerte, como si también pesará. Hasta el llanto, que antes a veces me cansaba, hoy lo extraño. Porque el llanto era vida, era movimiento. Y ahora, sin eso, todo parece quieto, apagado.

Todo cambió desde que murió el bebé. Esa muerte nos marcó a todos. No fue solo tristeza: fue un golpe duro, de esos que uno no olvida. Nadie estaba preparado para algo así. Fue como si el corazón de la fundación se apagara un poco ese día. La noticia corrió rápido, se sintió en cada sala, en las caras, en los abrazos apretados que no decían nada, pero lo decían todo. Desde ese momento, todo se volvió distinto, más despacio, más triste.

Después de eso, los niños empezaron a irse. Día tras día, se los fueron llevando. Las cuidadoras los alistaban con tanto amor, que dolía verlas: los peinaban, los vestían, los cargaban

por última vez. Afuera, la camioneta esperaba. Cuando la puerta se cerraba, el silencio se hacía más grande. Una cuna menos, un abrazo menos, un pedacito menos del lugar.

Todo empezó a verse diferente. Las cunas ya no se usaban, los colchones quedaron guardados, las canciones se apagaron, los juguetes quedaron quietos. Y uno caminaba por los pasillos sintiendo un vacío en el pecho. Era duro ver cómo ese hogar lleno de vida y cariño se iba quedando sin su risa, sin su ruido y sin sus pequeños.

Las personas también cambiaron. Se les notaba la tristeza. Algunas lloraban bajito, otras guardaban silencio. Había angustia, había rabia, había mucho cansancio. Cada quien tratando de entender qué fue lo que pasó: ¿Cómo seguir cuando el corazón se parte así?.

Y mientras todo eso pasaba, yo pensaba en los chiquitos. En los que ya casi cumplían su primer año. Habíamos hablado de hacerles sus fiestas, de celebrarles la vida, de ponerles globos, de cantarles. Teníamos planeado compartir algo bonito, verlos soplar su primera velita. Pero ya no se pudo. Se los fueron llevando antes. Llegar y ver sólo tres bebés, en un lugar que antes estaba lleno, me partió el alma. No poder despedirme de ellos fue lo más duro. Sentí un vacío grande, como si me arrancaran pedacitos del corazón uno por uno.

Hoy camino por la fundación y miro todo distinto.

Veo las cunas vacías, las sillas sin niños, los pasillos callados. Pero aunque el lugar esté tan quieto, todavía se siente algo... Como si cada rincón guardara un pedacito de las risas que quedaron, del cariño que vivimos y de lo que fuimos juntos.

Porque la verdad es que el amor no se va. Los vínculos no mueren. Cada niño se fue con una parte de nosotros, y nosotros quedamos con una parte de ellos.

Capítulo 3: “Brotos de sentido”

Cuando la presencia hace nido

Después del primer abordaje, cuando la experiencia del arrullo quedó resonando en mi propio cuerpo, comenzaron a aparecer los primeros hallazgos. No surgieron como resultados fríos ni como mediciones rígidas, sino como pequeñas revelaciones cotidianas: gestos, respiraciones, movimientos y silencios que empezaron a transformarse en los bebés. El dispositivo no solo organizó un momento de encuentro, sino que activó algo más profundo: la posibilidad de que el cuerpo del bebé se sintiera habitado, nombrado, sostenido, de acuerdo con (Dolto, 1986).

Uno de los cambios más visibles ocurrió en los bebés que, antes del abordaje, buscaban regularse a través de la succión excesiva de sus dedos, cruzándolos dentro de la boca o succionándolos con tal intensidad que, en ocasiones, los llevaba al vómito. Ese gesto, que en apariencia parece pequeño, estaba cargado de angustia; era el cuerpo intentando calmarse a sí mismo ante la falta de un sostén externo suficientemente constante. Pero tras el abordaje, este gesto comenzó a disminuir. Allí donde antes había un automatismo desesperado, comenzó a aparecer un espacio para la espera, para la pausa, para la presencia de un otro (Dolto, 1986).

Lo que se revelaba era profundamente vincular: los bebés ya no buscaban únicamente su propio cuerpo como refugio, sino que encontraban en el adulto una superficie posible para descansar. Se evidenció en la manera en que empezaron a relajar los hombros, a soltar la rigidez de la espalda, a permitir que sus piernas se aflojaran sobre los brazos que los sostenían. Cuerpos que antes temblaban de alerta, que parecían habitar el mundo en modo defensa, comenzaron a entregarse poco a poco.

En estos cambios resonó tal como expresa *Freud* plantea en *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916/1917), donde describe la dependencia estructural del bebé respecto de la figura materna y muestra cómo la presencia, la voz y el contacto se constituyen en organizadores fundamentales de su vida psíquica. En la página 357, Freud señala que, para el niño, no se trata únicamente de ver al otro, sino de asegurarse de su presencia mediante la voz y el lenguaje, en esa confirmación afectiva que lo sostiene desde afuera. Algo de esto se hizo visible en el dispositivo: la voz, el tacto y la presencia sostenida organizan al bebé desde dentro. El cuerpo se calma cuando un otro le devuelve existencia, cuando lo nombra, cuando lo reconoce. No es solo contacto físico: es inscripción subjetiva.

Así, uno de los hallazgos más significativos fue descubrir que el vínculo, cuando es constante, transforma el modo en que los bebés habitan su propio cuerpo. Lo que antes era angustia se volvió respiración; lo que antes era tensión se volvió entrega. El hallazgo no es mínimo, cuando un bebé encuentra a un otro que lo sostiene, su fisiología también se acomoda. El cuerpo responde al afecto tanto como a la alimentación o al descanso porque para que exista el cuerpo es necesario haber atravesado la escritura del deseo del otro.

Construcción de un hogar

El segundo abordaje no buscaba únicamente ofrecer una experiencia sensorial, aunque esa dimensión emergió como una ganancia. Su intención principal era que los bebés pudieran reencontrarse con su cuerpo desde la exploración, el reconocimiento y el contacto. En la fundación, las condiciones cotidianas —los múltiples cambios de clima, los resfriados frecuentes, las exigencias institucionales de mantenerlos bien cubiertos con medias, buzos y ropa que protegiera el pecho y la espalda— hacían que muchas veces las sensaciones directas de la piel

quedarán relegadas. Era común verlos con capas que, aunque necesarias para la salud física, reducían las oportunidades de sentir el propio cuerpo en relación con el ambiente. En ese contexto, el dispositivo se volvió una apertura, una fisura en la rutina que permitió que el cuerpo pudiera aparecer de otra manera.

Lo que aconteció allí no se explica únicamente por los materiales, los colores o las texturas, sino por la atmósfera vincular que se tejió entre las adultas presentes. Desde la perspectiva psicoanalítica, Lutenberg (2001) recuerda que todo vínculo implica un modo de ser afectado y de afectar al otro, un lazo que organiza la experiencia emocional y constituye formas de sostén en la vida temprana. Esta idea permitió comprender lo que emergió en el abordaje: la construcción de un espacio donde el cuerpo podía sentirse reconocido porque estaba siendo sostenido, mirado y nombrado en una red afectiva compartida. El vínculo no apareció únicamente entre una adulta y un bebé, sino como algo colectivo, sostenido por varias presencias que respiraban al mismo ritmo, que hablaban con tonos similares, que estaban disponibles de un modo particular. Ese tejido produjo un ambiente que se parecía a un hogar creado por nosotras mismas: un hogar afectivo, gestado en la sincronía espontánea entre las adultas, en el modo en que nos prestamos manos, voces y tiempo.

Mientras preparábamos los materiales y ordenábamos el lugar, comenzó a configurarse entre las adultas una forma particular de colaboración: miradas que anticipan necesidades, manos que se ofrecían sin solicitud previa, movimientos que se ajustaban al ritmo del otro. Más que una coordinación operativa, se trató de un entramado afectivo que posibilitó un ambiente distinto al cotidiano institucional.

Esta red funcionó como un soporte que permitió que los bebés se dispusieron a la experiencia sin desbordarse. Según Lutenberg (2001), el vínculo no se limita a una relación diádica, sino que puede actuar como matriz de sostén, un espacio relacional donde el sujeto encuentra condiciones para tramitar la experiencia emocional sin quedar expuesto a la angustia. Lo observado en este abordaje coincide con esa perspectiva: la presencia articulada de varias adultas produjo un clima en el que la novedad como las texturas, los colores, la temperatura, se volvió habitable y accesible para los bebés.

Como sostiene Lares (2023), en su lectura de las infancias en contextos de riesgo, afirma que las redes de cuidado amplían las posibilidades de inscripción subjetiva porque distribuyen la responsabilidad afectiva y ofrecen distintas formas de sostén. Esa idea resulta clave para comprender lo que ocurrió. No fue una sola figura la que contuvo, sino un tejido colectivo que se constituyó a partir de la disponibilidad de cada adulta. Esta red funcionó como un hogar momentáneo, no en el sentido arquitectónico, sino como un entorno donde el cuidado circuló y donde los bebés pudieron ubicarse en el mundo.

En ese marco, la exploración adquirió otra densidad. Algunos bebés hundían las manos con seguridad, otros tocaban apenas la superficie antes de retirarse, otros preferían observar antes de animarse. La heterogeneidad no fue un obstáculo, porque la red vincular habilitó todas las formas de participación. El sostén afectivo distribuido permitió que incluso aquellos que no manipularon directamente las masas permanecieran regulados y presentes en la experiencia.

“La memoria de mi profesión”

Preguntarme quién soy como profesional en primera infancia es abrir una ventana a mis dudas, mis búsquedas y mis experiencias momentáneas. No es una respuesta cerrada ni

definitiva, es una construcción que se mueve conmigo, que cambia cada vez que entro a un espacio con niños, cada vez que me permito escuchar lo que no se dice y sentir lo que no se nombra. Me reconozco en el límite entre lo que me enseñaron en la Universidad y lo que vivo en la práctica: un oficio que no es solamente acompañar, sino estar. Estar en cuerpo y en alma en la fragilidad de esos primeros años, donde todo comienza a dibujarse.

Ser profesional en primera infancia no es lo mismo que ser psicóloga con especialización en infancia, ni pedagoga, ni trabajadora social. Nuestro campo también se apoya en lo clínico: vemos diagnósticos, estudiamos el desarrollo, conocemos los marcos que intentan explicar cómo crece un niño. Pero no nos quedamos ahí. Para nosotros el desarrollo no es lineal ni uniforme, porque cada niño trae consigo su historia, su ser, su esencia única. Y en esa historia no solo está él, está también su familia, su genealogía, sus experiencias previas, sus pérdidas y sus huellas. Nos preguntamos en qué lugar habita, si su barrio es popular, si vive en un sector rural, si lo rodea la escasez o la abundancia, porque todo eso se escribe en su cuerpo y en su manera de relacionarse con el mundo. Reconocemos también sus creencias, los relatos que escucha en casa, las costumbres que lo arropan o lo limitan, la carga simbólica que trae consigo. Todo ello hace parte de nuestra mirada: un niño no es solo un niño, es también un entramado de vínculos, de contextos y de memorias. Ser profesional en primera infancia es sostener todo ese entramado, reconocerlo y trabajar con él sin reducirlo a un único aspecto.

Habermé formado en la Universidad del Valle me ha dado herramientas y, sobre todo, un compromiso ético. “La mejor para los mejores” no es para mí un lema vacío, sino un recordatorio de la responsabilidad de estar a la altura de las infancias que acompañamos. Allí aprendí a pensar con rigurosidad, pero también a sostener con sensibilidad. Entendí que no basta con teorizar: que en la primera infancia la teoría se pone a prueba en cada gesto, en cada silencio, en cada vínculo. Y

ese es quizá el mayor regalo de mi formación: saber que el conocimiento no se queda en los libros, sino que se transforma en experiencia, en práctica viva y en presencia que cambia realidades.

Por eso, cuando me miro en el presente, no me veo simplemente como alguien que “cuida” niños. Me reconozco como alguien que abre posibilidades, que transforma rutinas en experiencias significativas, que convierte el día a día en un espacio para reconstruir la confianza. Sueño con ser gestora de proyectos, con liderar cambios más amplios, pero incluso en lo pequeño sé que lo que hago importa: cada vínculo que se teje, cada gesto que acompaña, cada arrullo que sostiene, es también una forma de cambiar vidas. Ese es, para mí, el corazón de ser profesional en primera infancia: caminar entre la fragilidad y la esperanza, y ofrecer desde ahí lo mejor de mí.

Ser profesional en primera infancia es, ante todo, ser una persona sensible, alguien que siente y que se deja tocar por lo que ocurre a su alrededor. Es estar en el comienzo de la vida, allí donde todo es frágil y al mismo tiempo inmenso. No se trata únicamente de acompañar a los niños, sino también de sostener a las madres gestantes, a los padres que dudan, a las familias que buscan caminos en medio de la incertidumbre. Porque la primera infancia no empieza con el nacimiento; empieza mucho antes, en la espera, en la palabra que nombra y en el deseo que se teje.

Las formas de vincularse

En medio de la rutina, del corre-corre de los baños, los cambios de pañal, los horarios del tetero y las carreras para que todo esté al día, fui descubriendo que las cuidadoras también se vinculan con los niños, aunque de otra manera. Su escucha no siempre se da en la calma, sino en el ojo atento que sabe reconocer si ese llanto es de hambre, de sueño, de cólico, o si se debe a la

mordida que otro niño dejó marcada en la piel. Son ellas quienes, en medio del caos, logran leer esos pequeños signos del cuerpo, y desde allí responden. Y aunque pareciera que todo en su rol es cumplir con la necesidad inmediata, con el tiempo entendí que también hay ternura en su forma de mirar, cariño en el tono con que preguntan si ya pasó el dolor, juego improvisado en un instante donde deciden, aun con cansancio, detenerse a escuchar la risa de un niño. Porque detrás del uniforme y de la exigencia institucional, también se esconde una humanidad que busca dar más de lo que alcanza.

Las grannies, en cambio, caminan por otro sendero. Como su responsabilidad se centra en dos nietos, su tiempo se expande en lo singular, en lo pequeño que pasa desapercibido. Ellas pueden detenerse a contemplar cómo un niño acomoda la manta antes de dormir, o repetir una y otra vez la misma canción porque saben que ese gesto, aunque mínimo, ofrece seguridad. Su vínculo no está mediado por la urgencia, sino por la permanencia. Allí hay un espacio para el nombre propio, para la caricia que no se apura, para el abrazo que no se mide en minutos.

Así, entre las cuidadoras y las abuelitas se teje una red distinta pero complementaria. Unas sostienen lo biológico, otras lo afectivo; unas atienden lo urgente, otras cultivan lo profundo. Y, sin embargo, ambas formas se entrelazan en la vida de los niños, porque no se trata de elegir cuál vínculo es más valioso, sino de reconocer que cada gesto —desde el que calma un gas hasta el que arrulla con paciencia infinita— va dejando huella en los cuerpos y en las memorias de quienes aprenden a confiar otra vez en el mundo. De acuerdo con Dolto en *La imagen inconsciente del cuerpo* (1986), comprendí que el cuerpo no es solo lo que se ve o lo que funciona, sino que también guarda huellas invisibles que se tejen en el encuentro con los otros. Ella habla de una “imagen inconsciente” que se forma en nosotros desde muy temprano, y que no es fija, sino que se va transformando según las experiencias que vivimos, los vínculos que

nos sostienen o nos hieren, las palabras que nos nombran o que nos callan. Desde esa idea me ayuda a comprender lo que veo en la fundación: cómo el cuidado cotidiano, incluso el más sencillo, no solo calma el hambre o el llanto, sino que también deja marcas en esa memoria silenciosa del cuerpo.

Las cuidadoras, en medio de su exigencia, también participan en esa construcción: cuando logran identificar si un llanto es hambre, dolor o miedo, cuando se detienen un segundo a jugar a pesar del cansancio, están reconociendo que ese cuerpo comunica, que merece ser escuchado. Y las grannies, con su permanencia y su ternura, ofrecen otra capa de ese sostén: ellas no solo cuidan el cuerpo biológico, sino que ayudan a recomponer esa imagen más profunda, dándole al niño la certeza de que existe alguien para él, alguien que no se va. En ambas formas de cuidado, distintas pero complementarias, se va dibujando la historia que cada niño guarda en su cuerpo, una historia que no siempre se cuenta con palabras, pero que se siente en la manera en que poco a poco, se atreven a confiar.

El miedo del sistema

¿Por qué un vínculo que sostiene, acompaña y permite la construcción de sentido en la primera infancia puede ser visto como algo que debe restringirse o limitarse? No es el profesional quien enfrenta esta prohibición; es el sistema el que, al priorizar reglas y protocolos, a veces interviene sobre la relación directa entre el niño y el adulto, limitando la continuidad afectiva que es fundamental para su desarrollo psíquico.

Según Lutenberg (2001), el vínculo no solo permite que el niño se sienta acompañado, sino que también organiza sus experiencias internas, ayudando a estructurar la vida emocional y la percepción del mundo que lo rodea. Es en la relación constante con un otro que el bebé aprende a

regular sus emociones, a sostener la ansiedad y a construir un sentido de permanencia y seguridad. Sin esta referencia estable, la experiencia del niño puede fragmentarse; su mundo interno se vuelve más vulnerable y sus primeros aprendizajes sobre confianza y relación quedan comprometidos.

Durante mi observación directa, pude notar que los vínculos se tejen en lo cotidiano: en la mirada que confirma la presencia del niño, en la voz que nombra y tranquiliza, en la mano que acompaña un movimiento o gesto. Cada gesto, por pequeño que parezca, es parte de un entramado que permite al niño organizar sus emociones y desarrollar la capacidad de relacionarse con otros. Cuando estos vínculos son interrumpidos o limitados por la imposición de normas que priorizan procedimientos sobre relaciones, se generan vacíos afectivos que pueden dejar marcas profundas, incluso cuando se cumplen todas las exigencias físicas y de cuidado material.

Esto permite abrir la mirada a lo que ocurre en la primera infancia más allá de lo visible: cada vínculo sostenido es una referencia vital, y cada prohibición o limitación, aunque justificada desde la normativa, puede debilitar la capacidad del niño de sentirse seguro, visto y acompañado en su mundo interno. Reconocer la importancia de permitir el vínculo es, entonces, un primer paso para comprender la complejidad de acompañar la primera infancia en contextos donde la protección y las reglas pueden entrar en tensión con la continuidad afectiva que cada niño necesita.

Conclusion

Mi Casita

Mi casita era un lugar lleno de vida.

Tenía paredes que sostenían risas, llantos, pasos y miradas. Era un espacio que respiraba con nosotros. En mi casita habían cien niños. Habían bebés, habían niños que caminaban, corrían, jugaban, se reían y lloraban. Cada uno llenaba un pedacito de sí.

Mi casita también estaba sostenida por las personas que la cuidábamos: las cuidadoras, las abuelitas, las practicantes, las manos que cocinaban, que limpiaban, que alzaban, que calmaban. Cada quien ponía un pedacito de su alma para que ese espacio siguiera siendo hogar. La fuerza de mi casita estaba en eso: en la unión de muchas vidas y en los lazos que se tejían cada día sin darnos cuenta.

En mi casita aprendí demasiado.

Aprendí a amar, pero también a poner límites. Aprendí que no todo se soluciona con ternura, que hay dolores que también hacen parte del cuidado. Entendí que acompañar no es justificar, que cada persona carga su historia y su manera de sentir. En mi casita empecé a entender quién soy como profesional y como persona.

Mi casita fue escuela y fue refugio.

Fue el lugar donde descubrí lo que significa estar para otros, pero también lo que implica mirarse a uno mismo. No todo fue bonito: en mi casita también lloré. Hubo días en los que

no quería levantarme, en los que el cuerpo se sentía pesado y el alma cansada. Pero también hubo abrazos, palabras suaves y sonrisas que curaban.

Hoy mi casita ya no es la misma.

Se fue vaciando poco a poco, se perdió entre las despedidas y los silencios que quedaron después. Pero aunque ya no esté como antes, sigue viva dentro de mí. Está en mis recuerdos, en mis palabras, en la forma en que me acerco a los niños y en cómo pienso el cuidado.

Porque mi casita me enseñó lo más importante: Que cuidar no es solo asistir ni enseñar. Cuidar es estar, sentir, acompañar, escuchar. Y aunque las paredes ya no estén llenas de voces, la casita sigue viva en mí, porque fue ahí donde aprendí a amar con el alma y a cuidar con todo el corazón.

Lo que la guía 17 me quitó

Según la Guía 17 del ICBF (p. 55):

“Cuando se presenta el fallecimiento de un niño, niña o adolescente que se encuentra bajo medida de restablecimiento de derechos, la autoridad administrativa, junto con el equipo técnico interdisciplinario y el operador, deberá valorar el riesgo que este hecho genera para los demás beneficiarios y, de ser necesario, proceder al traslado inmediato de los niños, niñas y adolescentes a otro lugar de paso o modalidad que garantice su seguridad e integridad, mientras se adelantan las acciones correspondientes para esclarecer las circunstancias del fallecimiento.”

Esta parte de la guía busca proteger, evitar que el dolor se repita, que el riesgo se expanda. Sin embargo, cuando la leí, no pude evitar preguntarme: ¿qué pasa con los vínculos que ya estaban creados? ¿Qué ocurre con los niños que, una vez más, deben dejar un espacio que

apenas comenzaban a reconocer como suyo?¿Qué pasa con las personas que los acompañaban, con los afectos que sostenían lo cotidiano?

Las normas están hechas para cuidar, pero a veces ese mismo cuidado parece olvidar que los lugares también contienen historias, rutinas, memorias y afectos. Mover a los niños puede proteger sus cuerpos, sí, pero ¿qué pasa con lo que no se ve?¿Con las emociones, con los lazos, con la confianza que se había logrado construir?

Me pregunto si una guía puede pensar el cuidado de una manera más humana, más sensible. Si pudiera mirar no solo la urgencia del traslado, sino también el impacto emocional que deja en quienes viven esa ruptura.¿Cómo acompañar un duelo institucional?¿Cómo sostener el alma de un lugar cuando todo se desarma de un día para otro?

Tal vez la protección también pueda pensarse desde otro lugar. No solo como movimiento o precaución, sino como acompañamiento, escucha y reparación. Porque el cuidado no se trata únicamente de evitar el riesgo, sino de reconocer lo que se ha vivido y lo que queda después.

La Guía 17 me quitó muchas cosas, pero también me dejó preguntas que me siguen acompañando:¿Hasta dónde llega la norma y dónde empieza lo humano?¿Cómo lograr que los protocolos no silencien los afectos?¿Cómo hacer que las decisiones institucionales no borren los vínculos que sanan?Quizás las respuestas no estén escritas en ninguna guía. Tal vez estén en la mirada de quien cuida, en la voz de quien acompaña, en el silencio de quien comprende que proteger también es cuidar el alma de los lugares y de las personas.

Acompañar la primera infancia es reconocer que la vida psíquica se funda en los primeros vínculos. Cada gesto que acoge, cada contacto que transmite sostén, cada mirada que confirma la

presencia del otro, se vuelve un material esencial para que el niño empiece a organizar sus primeras experiencias internas. La práctica cotidiana demuestra que estos encuentros no son simples respuestas a necesidades básicas, sino momentos fundantes donde el bebé comienza a sentir que el mundo puede ser habitable.

Estar presente en lo cotidiano permite leer lo que los niños comunican a través de su cuerpo, sus ritmos y sus modos singulares de búsqueda de contacto. Esta lectura sensible, que parte del respeto profundo por cada historia y por cada forma de expresión, revela cómo se van tejiendo las primeras huellas afectivas que más adelante, sostendrán la confianza en sí mismos y en los otros. Nada de lo vivido en la sala es menor: cada interacción deja marcas que se incorporan silenciosamente en su vida emocional.

Sin embargo, el acompañamiento temprano no ocurre aislado del contexto. Cada gesto que un niño recibe está atravesado por las condiciones sociales, institucionales y familiares que hacen posible o dificultan la presencia de los adultos. Comprender la primera infancia exige situarse en ese cruce entre lo íntimo y lo estructural, reconociendo que el bienestar de los bebés no depende solo del vínculo directo, sino también del entorno que lo sostiene.

Desde esta mirada, la labor profesional se vuelve un compromiso ético con la experiencia del niño y con las condiciones que hacen posible que sea cuidado de manera digna. Acompañar implica estar disponible, pero también identificar aquello que necesita ser transformado en los espacios, en las prácticas y en las relaciones que rodean su crecimiento.

Este recorrido confirma que la primera infancia es un tiempo donde se siembran posibilidades que permanecerán en la historia subjetiva de cada niño. Cuando un entorno se organiza para recibirlos con respeto, cuando los adultos se detienen a comprender sus señales y les

ofrecen continuidad, cuando se reconoce su valor desde el inicio de la vida, lo que se construye no es solo cuidado: es futuro. Un futuro que nace en los detalles, que se afirma en los vínculos y que adquiere sentido cuando el acompañamiento se ejerce desde una ética que reconoce la importancia de la relación, la responsabilidad y la presencia del otro, tal como plantea

En palabras de Gilligan (2013) plantea que el cuidado es una orientación ética que se funda en la sensibilidad hacia las necesidades del otro y en la capacidad de sostenerlo en su vulnerabilidad. Para la autora, el cuidado no es solo una acción, sino una forma de posicionarse frente al mundo: implica escuchar, reconocer al otro en su singularidad y responder desde una responsabilidad afectiva y relacional.

Desde esta perspectiva, es necesario diferenciar lo ético de lo moral. Lo ético no puede definirse desde una interpretación universal de la realidad humana, porque se construye a partir de la singularidad del sujeto: su posición, su deseo, su acto y su forma de existir. Lo ético se organiza desde la relación viva con el otro, desde lo concreto de cada encuentro.

Por el contrario, lo moral se establece con base en un código normativo predeterminado, que define lo que es esperable y adecuado para resolver un conflicto o una tensión entre el deseo y lo prohibido. La moral dicta lo permitido; la ética, en cambio, se pregunta por lo responsable, por lo humano, por lo que un sujeto puede sostener en el vínculo con otro.

Teniendo presentes las normas y lineamientos que orientan las decisiones del sistema de protección, es necesario confrontar estas disposiciones, de acuerdo con Lares (2023) señala al analizar las investigaciones desarrolladas en orfanatos: que un bebé puede recibir alimento, aseo y cuidados físicos estrictos y, aun así, desorganizarse psíquicamente cuando no existe una figura afectiva que sostenga su presencia en el mundo. En esos contextos, documenta el autor, los niños

dejaban de llorar, de buscar, de responder; se replegaban hacia un silencio profundo donde no había posibilidad de encuentro con el otro. No era una falla biológica ni un déficit físico: era la expresión más cruda de la desolación afectiva. Lares muestra que cuando no hay un rostro que mire, una voz que nombre, un cuerpo que acompañe, el bebé pierde la referencia básica que estructura la vida psíquica. Es la evidencia más radical de que el vínculo no es un componente opcional, sino el fundamento mismo que sostiene la vitalidad emocional.

Frente a esto, surgen preguntas inevitables para cualquier sistema que toma decisiones sobre la vida de los niños pequeños. ¿Cómo asegurar que los procedimientos necesarios para la protección no generen nuevas rupturas que reproduzcan, de forma más sutil, las mismas experiencias de desamparo que Lares describe en los antiguos orfanatos? ¿De qué manera se integra la continuidad afectiva como criterio esencial, cuando históricamente estos sistemas han operado desde urgencias administrativas que no siempre coinciden con el tiempo emocional del bebé? ¿Qué mecanismos existen o deberían existir para evaluar no solo el riesgo físico, sino también el riesgo psíquico que implica interrumpir un vínculo incipiente? ¿Cómo garantizar que lo que se define como “protección” no termine, sin proponérselo, debilitando la posibilidad del niño de confiar, de aferrarse a un otro, de construir un mundo habitable?

Estas preguntas no buscan deslegitimar los marcos normativos, sino ampliarlos desde una comprensión más humana y más fiel a lo que la primera infancia requiere. Porque si, como muestra Lares (2023), la ausencia de un vínculo puede comprometer la existencia emocional de un bebé, entonces cualquier sistema que aspire a la protección integral debe preguntarse por la dimensión afectiva con la misma seriedad con que aborda la dimensión jurídica o física. Proteger no puede ser solo garantizar condiciones materiales; proteger es también preservar los lazos que dan sentido, continuidad y nombre a la vida psíquica. Tal vez ahí radica el desafío más profundo:

construir formas de cuidado institucional que no invisibilicen lo esencial, que no silencien la necesidad del bebé de ser sostenido por un otro, y que reconozcan que la verdadera protección se juega en la continuidad de los vínculos que permiten que la infancia hasta incluso la más herida pueda seguir respirando.

Referencias bibliográficas

Aristóteles. (s. IV a. C.). *Problemata (Problema XXX, I)*. En ediciones clásicas del corpus aristotélico.

Derrida, J., & Dufourmantelle, A. (2006). *La hospitalidad*. De la Flor.

Dolto, F. (1984). *La imagen inconsciente del cuerpo (I. Agoff, Trad.)*. Paidós. (Obra original publicada en 1986).

Freud, S. (1916–1917). *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (OC, Tomo XVI).

Gilligan, C. (2013). *La ética del cuidado*. Fundación Víctor Grífols i Lucas.

Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. (2023). *Guía de orientaciones para la prevención y manejo de situaciones de riesgo de las niñas, niños y adolescentes en las modalidades y servicio de restablecimiento de derechos*. ICBF.

Julien, P. (2002). *Dejarás a tu padre y a tu madre*. Siglo XXI.

Pautt, L. & Lares, M. (2023). *Infancias y adolescencias en riesgo: desafíos de la parentalidad*. Piedra Labrada.

Levín, E. (2010). *La experiencia de ser niño: plasticidad simbólica*. Lugar Editorial.

Luttenberg, J. (2001). *Teoría de los vínculos en psicoanálisis*. Paidós.

Stern, D. N. (1985). *El mundo interpersonal del infante* (1.^a ed. en español, 1991). Paidós.